

SAN JERÓNIMO

COMENTARIO A SOFO-
NÍAS

Commentariorum in Sophoniam

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Sophoniam · Comentario a Sofonías

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

LIBRO PRIMERO

*DE LOS COMENTARIOS DE SAN EUSEBIO JERÓNIMO
DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, SOBRE EL PROFETA SO-
FONÍAS. (C)**Prólogo.*

Antes de abordar a Sofonías, que es el noveno en el orden de los doce profetas, parece que debo responder a aquellos que consideran que merezco ser ridiculizado porque, habiendo omitido a los hombres, os escribo principalmente a vosotras, oh Paula y Eustaquia. Si ellos supieran que Hulda profetizó mientras los hombres callaban, y que Débora, a la vez juez y profetisa, venció a los enemigos de Israel mientras Barac temía (Jueces 4); y que Judit y Ester, en figura de la Iglesia, mataron a sus adversarios y libraron del peligro al perecedero Israel: nunca curvarían su mano a mi espalda en forma de pico de cigüeña. No digo nada de Ana e Isabel, y de las demás santas mujeres, cuyas pequeñas chispas, como estrellas, la clara luz de María oculta. Pasaré a las mujeres gentiles, para que vean que también entre los filósofos del mundo se suelen buscar las diferencias de los espíritus, no de los cuerpos. Platón presenta a Aspasia disputando; a Safo se la menciona junto a Píndaro y Alceo; Temista filosofa entre los más sabios de Grecia; toda la multitud de la ciudad romana admira a Cornelia de los Gracos, es decir, la vuestra; Carnéades, el más elocuente de los filósofos y el más agudo de los retóricos, que solía suscitar aplausos entre los hombres consulares y en la Academia, no se avergonzó

de disputar sobre filosofía en una casa privada, escuchándole una matrona. ¿Qué diré de la hija de Catón, esposa de Bruto, cuya virtud hace que no admiremos tanto la constancia de su padre y de su marido? La historia, tanto griega como latina, está llena de las virtudes de las mujeres, que exigirían libros enteros. A mí, puesto que me urge otra obra, baste con haber dicho al final de este prólogo que el Señor resucitado se apareció primero a las mujeres (Mt. 28 y Lc.), y que ellas fueron apóstoles para los apóstoles, para que los hombres se avergonzaran de no buscar a quien el sexo más frágil ya había encontrado.

**** (Capítulo I, Versículo 1) **** La palabra del Señor que fue dirigida a Sofonías, hijo de Cusí, hijo de Godolías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías; en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá.

La Septuaginta dice lo mismo.

Los hebreos transmiten la tradición de que, cuando el padre o el abuelo de un profeta se menciona en el título, ellos mismos también fueron profetas. De ahí que Amós, uno de los doce profetas, que había dicho: "No soy profeta, ni hijo de profeta, sino pastor de cabras y cultivador de sicómoros" (Amós 7:14), no tiene el nombre de su padre en el título. Si esto es verdad, el profeta Sofonías, a quien ahora intentamos exponer, nació, por así decirlo, con un nombre profético y de la gloriosa estirpe de sus antepasados; pues tuvo por padre a Cusí, por abuelo a Godolías, por bisabuelo a Amarías, por tatarabuelo a Ezequías: y él mismo, como el último auriga, completó tal cuadriga.

Unos han traducido el nombre de Sofonías como "atalaya", otros como "secreto del Señor". Por tanto, ya sea que se interprete como "atalaya" o como "lo oculto del Señor", ambas cosas convienen a un profeta. Pues también se le dice a Ezequiel: "Hijo de hombre, te he puesto por atalaya para la casa de Israel" (Ez. 3:17). Y en otro lugar: "El Señor no hará nada sin haber revelado su designio a sus siervos los profetas". Y el título del salmo noveno se interpreta "por las cosas ocultas del hijo".

Este profeta, por tanto, que estaba puesto en una atalaya y en lugares sublimes, y que conocía los misterios del Señor, era hijo de Cusí (que se interpreta como "humildad" o "mi etíope", de lo cual trataremos después), tenía también por abuelo a Godolías, que se dice "grandeza del Señor", y por bisabuelo a Amarías, que a su vez se traduce como "palabra del Señor", y por tatarabuelo a Ezequías, que significa "fortaleza del Señor".

Así pues, de la fortaleza del Señor nació la palabra del Señor, y de la palabra del Señor nació la grandeza del Señor, y de la grandeza del Señor nació la humildad, para que cuando alguien haya llegado a la perfección, diga: "No soy digno de ser llamado apóstol" (1 Cor. 9). Y aquel pasaje de los Salmos: "Señor, mi corazón no se ha enaltecido, ni mis ojos se han elevado" (Sal. 130:1).

Hasta aquí, corriendo como por una pendiente y sobre terreno llano, hemos tropezado con el hecho de que Cusí también se interpreta como "mi etíope". Pues, después de tantas virtudes,

¿cómo puede el nombre de un etíope sonar a alabanza? Y si la Escritura hubiera dicho "Cus", es decir, "etíope", la cuestión parecería irresoluble; pues Cus nació de Cam. Pero en el hecho de que dice "Cusí", esto es, "mi etíope", parece resonar un misterio: que aquel que en otro tiempo fue etíope, convertido a la penitencia (según aquello que se dice: "Etiopía se apresurará a extender sus manos a Dios" (Sal. 67:32), y en otro lugar (Sal. 71:9): "Ante él se postrarán los etíopes"), diga con la esposa en el Cantar de los Cantares: "Soy negra, pero [o: y] hermosa, hija de Jerusalén" (Cant. 1:4).

Leemos también en Jeremías que Abdemelec, el eunuco etíope, agradó a Dios (Jer. 38), y en los Hechos de los Apóstoles que el eunuco etíope de la reina Candace tuvo tanto celo por las Escrituras y la Ley de Dios que leía en su carro y venía a Jerusalén para adorar al Señor en su Templo (Hch. 8:9). De donde tal fe es coronada con una digna recompensa, y se le envía a Felipe el evangelista, y al instante es enseñado, cree, es bautizado y es salvo. Y no solo "eunuco", sino que se añade "varón": "un varón etíope, eunuco". Pues como era eunuco por Cristo y se había hecho eunuco por el reino de los cielos, por eso no había perdido el nombre de "varón".

Con razón también Sofonías, como hijo de Cusí, es decir, del etíope, escribe en los libros siguientes sobre la penitencia de los etíopes: "Desde más allá de los ríos", dice, "de Etiopía, desde allí me traerán ofrendas".

Esto en cuanto a la genealogía de Sofonías, que profetizó en los días de Josías. Además, así

como se llaman días de Elías a aquellos que fueron iluminados por él, así también los días de Josías, que se había elevado hacia el Señor (pues Josías se interpreta como "elevación del Señor") y fue un varón justo, y de sus alabanzas escribe la historia de los libros de los Reyes y también de las Crónicas (4 Reyes 23 y 2 Crón. 34). Y tuvo por padre a Amón y por abuelo a Manasés (4 Reyes 21). Leemos que Manasés, después de muchos crímenes y tras la cautividad en Babilonia, hizo penitencia y, convertido a cosas mejores, alcanzó la misericordia del Señor. De ahí también que, como epónimo de su fe, por la cual había creído en Dios, llamó a su hijo Amón; pues AMMÓN () se interpreta como "fe". Al mismo tiempo, considera que de ninguna manera se mencionan, como antes, los reyes de las diez tribus, es decir, los reyes de Israel; sino solo los reyes de Judá. Pues las diez tribus ya habían sido llevadas al cautiverio por los asirios bajo el rey Ezequías, padre de Manasés (4 Reyes 17).

Esto en el proemio y en el título sobre la generación y el tiempo de Sofonías. Ahora veamos qué contiene también la profecía misma.

(Vers. 2, 3) «Recogiendo, recogeré todas las cosas de la faz de la tierra, dice el Señor; recogiendo al hombre y al ganado, recogiendo las aves del cielo y los peces del mar; y serán las ruinas de los impíos, y exterminaré a los hombres de la faz de la tierra, dice el Señor». LXX: «Por una desaparición, que desaparezca de la faz de la tierra, dice el Señor; que desaparezca el hombre y el ganado; que desaparezcan las aves del cielo y los peces

del mar; y se debilitarán los impíos, y quitaré a los inicuos de la faz de la tierra, dice el Señor». Esto que hemos puesto en la Septuaginta, «y se debilitarán los impíos», ha sido añadido de la traducción de Teodoción; en lugar de lo cual Símaco interpretó, «y los escándalos con los impíos», para que se sobrentienda, «serán congregados» o «desaparecerán»; la Quinta edición, en cambio, dice: «y la enfermedad con los impíos desaparecerá». Debemos, por tanto, siguiendo nuestra costumbre, tejer primero la historia y después discutir sobre asuntos más sublimes. Pues para nadie es dudoso que el último reino de las dos tribus, que se llamaban Judá y Benjamín, existió bajo Josías. Pues, una vez que él fue asesinado, sus hijos que reinaron después, y sus nietos, no tanto se ha de creer que reinaron, cuanto que fueron tenidos por objeto de burla por el rey de Egipto y los caldeos, y atormentados con diversas cautividades y muertes. Puesto que, por tanto, el pueblo podía excusarse bajo reyes malvados y decir: «Queremos servir a Dios, pero los reyes nos lo impiden», se le da un rey justo; y mientras este ardía en celo por el Señor, y el pueblo no obstante perseveraba en el culto de los ídolos, el Señor presenta una causa justa para su ira, y se profetiza sobre la destrucción de Jerusalén, la cautividad de Judá y la victoria de Nabucodonosor. Y dice el Señor por medio del profeta: «De ningún modo concederé ya más penitencia; sino que consumiré todas las cosas de la faz de la tierra: no quedará ni hombre, ni ganado, ni ave, ni pez del mar». Pues ciertamente hasta los animales brutos sienten

la ira del Señor: y que, devastadas las ciudades y muertos los hombres, se produce también soledad y escasez de bestias, aves y peces, es testigo el Ilírico, es testigo Tracia, es testigo la tierra en que nací, donde, aparte del cielo y la tierra y las crecientes zarzas y la espesura de los bosques, todo ha perecido. Mas esto, dice el profeta, sucederá porque fue excesiva la multitud de los impíos. Caerán, por tanto, los impíos y serán dispersados los hombres, y habrá soledad sobre la faz de la tierra. Pero también podemos entender esto mismo acerca de la consumación del mundo: que tanto los hombres, como el ganado, las aves y los peces del mar, y todas las cosas, desaparecerán, y se debilitarán los impíos, y será quitada la iniquidad de la faz de la tierra. Pero si quisiéramos entender algo más profundo (a causa de lo que dice la Septuaginta, «Por una desaparición, que desaparezca de la faz de la tierra») y tomar «desaparición» en un buen sentido, según aquello: «Y desapareciendo, murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de días, y fue reunido con su pueblo» (Gén. 25:8), y por lo que la Escritura refiere de Isaac y Jacob), vemos cómo por una desaparición desaparecen de la faz de la tierra, y cómo cumplen este precepto: quienes, teniendo su ciudadanía en los cielos, y estando en la carne, no militan según la carne, porque saben que los que viven en la carne no pueden agradar a Dios, hacen todo lo que está en su poder para no estar en la carne, sino en el espíritu, y apartándose de la tierra dicen: «Nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo» (Rom. VIII).

Pero si alguien opusiera contra esto que hemos interpretado en buen sentido, «por una desaparición, que desaparezca de la faz de la tierra», aquello que está escrito de Ismael: «Estos son los años de la vida de Ismael, ciento treinta y siete, y desapareciendo murió, y fue reunido con su linaje» (Gén. 25:17); le responderemos, primero, que el mismo Ismael era hijo de Abraham y había recibido dones y partes de su padre, según su medida; después, que está escrito de modo absoluto «desapareciendo murió», y no se añade (como se escribió de Abraham) «en buena vejez, anciano y lleno de días, y fue reunido con su pueblo». O de Isaac: «Fueron, pues, los días que vivió Isaac, ciento ochenta y cinco años, y desapareciendo Isaac murió, y fue reunido con su linaje, anciano y lleno de días» (Ib. 35:28-29). Y también de Jacob: «Y cesó Jacob de dar mandatos a sus hijos, y levantando los pies sobre el lecho, desapareció, y fue reunido con su pueblo» (Gén. 49:32). De lo cual entendemos que una cosa es simplemente desaparecer, y otra tener, junto con la desaparición, muchas virtudes a la vez. Pero lo que primero había dicho de modo general, «por una desaparición, que desaparezca de la faz de la tierra», después la divina Escritura lo dividió en partes: «desaparezca el hombre, y el ganado, desaparezcan las aves del cielo y los peces del mar». Cuatro son las cosas a las que se manda desaparecer: primero, el hombre racional; luego, las tres que están sujetas al hombre: el ganado, las aves y los peces, que creo que también se ponen en el salmo octavo: «Además, las bestias

del campo, las aves del cielo y los peces del mar, que recorren las sendas del mar» (Sal. 8:8). Pero lo que primero había dicho, «ovejas y bueyes, todos», los separó como si fueran los principales del ganado, y no quiso contarlos con el ganado que quedó. Desaparezca, pues, el hombre, desaparezca el ganado, desaparezcan las aves del cielo, desaparezcan los peces; y no dijo: desaparezcan las bestias, desaparezcan los reptiles de la tierra. Pues estas no deben desaparecer, sino perecer; mas desaparezcan aquellas cosas que pueden tener corrección. Como desaparecieron las cosas de mujer en Sara, y se le ordena a Abraham que escuche todo lo que Sara le mande (Gén. 18, 21). Uno desaparece como hombre si desprecia las cosas humanas, y ya no muere como hombre, y oye: «Yo dije: sois dioses» (Sal. 81:6). Otro desaparece como animal de carga, quien, ascendiendo a cosas más altas, no es acusado por la palabra profética: «El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado a los jumentos insensatos y se hizo semejante a ellos» (Sal. 48:21). Desaparece como ave del cielo quien se hace alas de águila, y vuelve a la casa de su preceptor rico, y abandonando toda pobreza (Prov. 23). Desaparece como pez del mar quien, atrapado en la red del Señor, es separado con los peces buenos (Mat. 13). Cuando estas cosas se hayan cumplido según el precepto del Señor, se debilitarán los impíos, no teniendo tanta fuerza como antes. Pero también los inicuos serán quitados; no dijo «serán muertos», sino «serán quitados», para que, convertidos a cosas mejores, trasladados de la impiedad y la iniqui-

dad a la piedad y la justicia, comiencen a ser lo que antes no eran. Esto según el sentido tropológico (*secundum tropologiam*). Pues debemos también exponer la interpretación de los Mayores. Ya quedará a juicio del lector si quiere que lo dicho suene a severidad o a clemencia.

(Vers. 4 y ss.) Y extenderé mi mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén: y dispersaré de este lugar los restos de Baal, y los nombres de los guardianes del templo junto con los sacerdotes, y a los que adoran sobre los terrados a la milicia del cielo, y adoran y juran en el Señor, y juran en Melcom: y a los que se apartan de pos de las espaldas del Señor, y a los que no buscaron al Señor ni lo investigaron. LXX: Y extenderé mi mano sobre Judá, y sobre todos los que habitan Jerusalén: y quitaré de este lugar los nombres de Baalim, y los nombres de los sacerdotes con los sacerdotes, y a los que adoran sobre los terrados a la milicia del cielo, y a los que juran en el Señor, y juran en su rey, y a los que se desvían del Señor, y a los que no buscan al Señor, y a los que no retienen al Señor.

Tras las ruinas de los impíos, y el arrebatamiento de los inicuos de la faz de la tierra, consecuentemente se dice de parte del Señor contra Judá y contra Jerusalén: Y extenderé mi mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén (pues la extensión de la mano muestra el gesto del que hiere): y dispersaré de este lugar los restos de Baal: No porque según los LXX los nombres de Baalim deban ser totalmente erradicados; sino porque según el hebreo, Él amenaza

con quitar a sus cultores del pueblo que habían quedado pocos de la matanza de los enemigos en Judá y Jerusalén. También los nombres de los guardianes del templo (aedituorum) con los sacerdotes, porque Judá 679 y Benjamín habían llegado a tal impiedad que en el Templo del Señor (según lo que escribe Ezequiel, y muestra el cuarto libro de los Reyes) colocaron la estatua de Baal, a la cual el Señor llama imagen del Cielo, y en el mismo santuario veneraron igualmente a los ídolos y al Señor (Ezeq. VIII). Por lo cual llamó significativamente a los sacerdotes de los ídolos, no sacerdotes, sino *τεμενίτας*, esto es, aedituos, o fanáticos (IV Rey. X y XVII), que en hebreo se dice ACCHUMARIM. Y a los guardianes del templo, pues, y a los que alguna vez fueron sacerdotes de Dios, y a los que en las azoteas adoraban a la milicia del cielo, al sol y la luna y las demás estrellas, y a los que juraban en el nombre del Señor, y en el nombre del ídolo de los amonitas Melcom (que por los LXX fue vertido como rey) los quitará el Señor del lugar de Jerusalén, o los dispersará, pues se sobrentiende *ἀπό κοινοῦ* (en común).

Y dispersaré de este lugar los restos de Baal, y dispersaré los nombres de los guardianes del templo junto con los sacerdotes, y dispersaré a los que adoran sobre los terrados a la milicia del cielo, y dispersaré a los que adoran y juran en el Señor, y juran en Melcom, y dispersaré a los que se apartan, o se desvían de pos de las espaldas del Señor, y a los que no lo buscan, o no lo retienen. Pues se apartan de pos de las espaldas del Señor de Israel aquellos que, abandonando

su culto, juran en Melcom, y adoran a la milicia del cielo, y veneran a Baal, ídolo de los sidonios. Hasta aquí se ha expuesto el sentido de la historia: veamos también la anagogía. Por causa del Señor que nació de la tribu de Judá, y por causa de Jerusalén en la que reinó Judá, esto es, el Señor y Salvador, digamos que cuando se haya multiplicado la iniquidad, y se haya enfriado la caridad de muchos, y al venir el Señor, aparezca una fe escasa en la tierra, hasta el punto de que sean tentados incluso los elegidos de Dios (Mat. XXIV, Luc. XVIII): entonces el Señor extenderá su mano para el suplicio de los pecadores sobre Judá, que le parece confesar el nombre del Señor, y sobre Jerusalén, la Iglesia que recibió su nombre de la paz, y quitará de la Iglesia los nombres de Baalim, que se interpreta en lo más sublime.

Pues el Señor quitará los nombres de vanagloria y de falsa admiración que se encuentran en la Iglesia, en la cual según Santiago, se honra al que tiene anillo de oro y se desprecia al pobre, 680 cuando ante la llegada del juez y del senador, y en la comunidad de todos los ricos, toda la plebe se levanta, y al santo pobre no se le da lugar ni siquiera para estar de pie entre las catervas de los potentes y sus asambleas; sino también los nombres de los sacerdotes junto con los sacerdotes que en vano se aplauden a sí mismos en el nombre episcopal y en la dignidad del presbiterio, y no en la obra (Sant. II). Por lo cual significativamente no dice: y las obras de los sacerdotes con los sacerdotes, sino, nombres: los que solamente ostentan falsos nombres de dignidades, y con sus

malas obras destruyen sus propios nombres, y a los que adoran sobre los terrados a la milicia del cielo, los que se elevan contra el conocimiento de Dios; y todo lo que se hace en el mundo, prometiéndose una ciencia ficticia, lo refieren a los ortos y ocasos de las estrellas, y siguen los errores de los matemáticos, y a los que adoran al Señor y a Melcom, los que piensan que pueden servir igualmente al mundo y al Señor, y satisfacer a dos señores, a Dios y a las riquezas: los que militando para Cristo, se ligan a los negocios seculares, y ofrecen la misma imagen a Dios y al César, y aunque dicen ser sacerdotes de Cristo, conasgran a sus hijos a Melcom, esto es, a su rey (II Tim. II). Pues rectamente tienen por rey a un hombre quienes perdieron al Señor por Rey, y quienes por sus malas obras se desvían del Señor, y no lo buscan, retienen sus pecados huyendo de Él. Y si alguien quisiera entender esto mismo sobre el alma de cada uno según la interpretación de los nombres de Judá y Jerusalén, no errará, pues el Señor quitará todas las cosas que hemos dicho, o en la consumación del mundo, o en la salida de cada uno, cuando oigan: Necio, esta noche te quitarán el alma (Luc. XII). Y extenderá su mano sobre aquel que no confiesa al Señor, y sobre aquel que se jacta de tener el sentido de la paz, para que quite y disperse de tal Jerusalén toda soberbia, y los falsos cultos a Dios, y los errores de los diversos dogmas, y la servidumbre a Dios y al mundo por igual, y por los pecados cotidianos, la aversión al Señor y el descuido hacia Dios.

(Vers. 7.) Callad ante la faz del Señor Dios, porque cerca está el día del Señor, porque el Señor ha preparado un sacrificio: ha santificado a sus invitados. LXX: Temed ante la faz del Señor Dios, porque cerca está el día del Señor, porque el Señor ha preparado su víctima: ha santificado a sus invitados.

En lugar de lo que los LXX vertieron como temed, y nosotros pusimos callad, en el hebreo hay una interjección de quien manda silencio, que a menudo usan también los autores cómicos; pero también se prescribe absolutamente el silencio en todas las cosas, porque el día del Señor está por venir. Y por el día del Señor entendamos el día de la cautividad y de la venganza sobre el pueblo pecador, y el sacrificio de la subversión de Jerusalén, y la santificación de aquellos a quienes dedicó a la matanza, según aquello que se dice en Jeremías: Santifícalos en el día de su matanza (Jer. XII, 3). Y el sentido es: Viene contra el pueblo impío la cautividad hace tiempo predicha, ya está cerca. Pues bajo el rey Josías se teje la profecía: muerto este, temed ante la faz del Señor Dios, porque cerca está el día del Señor, porque el Señor ha preparado su víctima, ha santificado a sus invitados. Viene toda la devastación, de la cual también en Ezequiel se dice: Viene, dice, el fin: el fin viene (Ezeq. VII, 2), etc. Esta víctima me agrada, estos sacrificios me he santificado. También puede entenderse esto que dice, ha santificado a sus invitados, respecto a los babilonios, a quienes para venganza del pueblo llama incluso sus siervos, vengando su injuria. Llamé, dice, a

Nabucodonosor mi siervo (Jer. XXV, 9). Y en el mismo volumen, no solo siervo, sino que también lo llama paloma: Ante la faz de la espada de la paloma (Ibíd., 30).

Por lo demás, según la tropología, porque la faz del Señor está sobre los que hacen el mal, para que pierda de la tierra la memoria de ellos, y cerca está el día del juicio (porque en comparación con la eternidad todo el tiempo de este siglo es breve) o el fin de cada uno: teman todos, y callen, no sea que la faz del Señor (de la cual dice el santo (Sal. IV, 7): Sellada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor) consuma el heno, la paja y la leña de los pecados. Pues el Señor ha preparado su sacrificio, todo el misterio del Levítico, cuando por el fuego y la efusión de la sangre, y la verdadera oblación, se salvarán los que han de ser salvados, y se santificarán los llamados. Algunos de los nuestros entienden el día del Señor y su sacrificio, y la santificación de los invitados, en el advenimiento del Salvador, cuando fue inmolado el 682 Cordero, y en su sangre fueron santificados los apóstoles, y los demás que por ellos fueron llamados.

(Vers. 8, 9.) Y será en el día del sacrificio del Señor, que visitaré a los príncipes, y a los hijos del rey, y a todos los que están vestidos de ropa extranjera. Y visitaré a todo el que entra arrogantemente sobre el umbral en aquel día: los que llenan la casa del Señor su Dios de iniquidad y de dolo. LXX: Y será en el día del sacrificio del Señor, que me vengaré de los príncipes, y de la casa del rey, y de todos los que están vestidos con vestiduras

ajenas: y me vengaré de todos manifiestamente, de los que están en los vestíbulos en aquel día, los que llenan la casa del Señor su Dios de impiedad y de dolo.

En el día de la cautividad judaica, cuando todo el pueblo ha de ser inmolado, el Señor visitará a los príncipes que de mañana bebían sidra, y a los hijos del rey, o a todos los de la estirpe regia, o ciertamente de manera propia a los hijos de Josías, de quienes leemos que fueron muertos o capturados, y a todos los que están vestidos de ropa extranjera, esto es, los que en lugar del culto a Dios veneraron a los ídolos. Y a todos los que arrogantemente entran sobre el umbral en aquel día, esto es, contra los soberbios que, con cierto fasto y ceño de dignidad, suben las gradas del templo y el umbral del santuario. Además, porque en aquello donde nosotros interpretamos los que arrogantemente entran sobre el umbral, puede entenderse según el hebreo, los que saltan el umbral: y esto ha de sentirse históricamente, me vengaré de aquellos que, según el primer libro de los Reyes, no pisan el umbral de los ídolos, sirviendo a las supersticiones, los cuales llenaron la casa [Al. templo] del Señor su Dios no solo con el culto de los ídolos, sino con iniquidad y crimen y toda mentira, para que al error de la religión se uniera también la iniquidad contra los súbditos y la mentira contra los prójimos.

Pero como ya hemos empezado a exponer tropológicamente: El Señor visitará en el advenimiento y pasión del Salvador, esto es, en el día del sacrificio de su Hijo, a los pontífices y sacerdotes

del pueblo judaico, y a la casa regia. Pues hasta aquel tiempo perseveraron los reyes de Judá de la estirpe de David, según la profecía de Jacob: No faltará el príncipe de Judá, ni el caudillo de sus muslos, hasta que venga aquel a quien le está reservado, y él será la expectación de las naciones (Gén. XLIX, 10). Pues tras el sacrificio 683 del Señor, el reino fue quitado de los judíos. Y sobre todos, dice, los que están vestidos de vestiduras ajenas, los que se apartaron de la protección y del vestido de Dios, y están cubiertos por su propio error. Y me vengaré de todos manifestamente de los que están en los vestíbulos, esto es, los que han salido del templo de Dios: y debiendo estar dentro, por sus pecados han salido fuera, y se han apartado de la Iglesia de Dios, llenando su templo de impiedad y de dolo.

Entiéndase esto respecto al primer advenimiento del Salvador. Pero como ya hemos expuesto sobre la consumación del mundo y el día del juicio, que todos interpretan como el día del Señor: debemos saber que en aquel tiempo el Señor visitará a los príncipes y a los pastores que comen la leche de las ovejas y, trasquilando las lanas, no se cuidan del quebranto del rebaño, y a los hijos del rey que se jactan de ser cristianos y se glorían de ser hijos del Rey Cristo: y a todos los que están vestidos de ropas ajenas. El vestido de los hijos del rey y el indumento de los príncipes es Cristo, que recibimos en el bautismo, según aquello: Vestíos de Cristo Jesús (Rom. XIII, 14). Y: Vestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia

(Col. III, 12), etc. En lo cual se prescribe que nos vistamos del nuevo hombre celestial, según nuestro Creador, y desechemos el indumento del viejo hombre con sus obras (Ef. IV). Por tanto, debiendo estar vestidos de tales vestiduras, en lugar de misericordia nos vestimos de crueldad; en lugar de paciencia, de impaciencia; en lugar de justicia, de iniquidad. Y para decirlo de una vez, en lugar de virtudes, de vicios; esto es, en lugar de Cristo, del Anticristo. Por lo cual se dice de un hombre de esta clase: Y se vistió de maldición como de un vestido (Sal. CVIII, 18).

El Señor también se vengará manifestísimamente en su advenimiento incluso de aquellos que, debiendo estar en la Iglesia con buenas obras, se expulsaron a sí mismos por su pésima conducta y, entregados a Satanás, se encuentran en los vestíbulos, o mejor dicho, ni siquiera en los vestíbulos, sino ante los vestíbulos: lo cual se dice de manera más significativa en griego ἐπὶ τὰ πρόπυλα. Y se vengará de todos los que con diversas iniquidades y pecados llenan la Iglesia, y con impiedades y mentira, y mezclan sangre con sangre. Y si quisiéramos entender esto mismo sobre las almas de cada uno, por príncipes y casa del rey entendamos los λογισμοὺς [Al. añade y los sentidos], esto es, los pensamientos y sentidos, y la propia alma, que debe ser el hospicio 684 del rey: y según la exposición superior, los indumentos ajenos también, y todo lo que sigue, refrámoslo a cada uno de los creyentes, quienes, debiendo haber estado vestidos de Cristo y permanecer siempre dentro, se cubrieron de diversos

vestidos de pecados y, saliendo de la Iglesia, esto es, de la congregación de los santos, en lugar de virtudes llenaron el templo de su cuerpo con iniquidad y dolo.

(Vers. 10.) Y será en aquel día, dice el Señor, la voz de un clamor desde la puerta de los peces, y un aullido desde la segunda, y un gran quebranto desde las colinas. LXX: Y será en aquel día, dice el Señor, la voz de un clamor desde la puerta de los que se compungen, y un aullido desde la segunda, y un gran quebranto desde las colinas.

En el día del sacrificio del Señor, cuando extienda su mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén, y el ejército enemigo la rodee, habrá una voz de clamor desde la puerta de los peces, y un aullido desde la segunda, y un gran quebranto desde las colinas. Llamaban puerta de los peces a la que conduce a Diospolis y Jopec, y estaba más cerca del mar entre todas las vías de Jerusalén, de la cual también informa Esdras: Pero la puerta de los peces la edificaron los hijos de Asnaá; ellos la techaron, y asentaron sus hojas, y sus cerraduras y sus cerrojos (II Neh. III, 3). Y lo que dice, y un aullido desde la segunda, significa la puerta del segundo muro en el mismo sector, de la cual también está escrito en el libro de los Reyes: Y fue el sacerdote Helcías, y Ahicán, y Acabor [Al. Acobor], y Safán, y Asaías a la profetisa Oлда, mujer de Selún, hijo de Tecua, hijo de Harás, el guardián de las vestiduras, y ella habitaba en Jerusalén en la segunda (IV Rey. XXII, 14). El gran quebranto desde las colinas se refiere al monte Sion y a la parte más alta de la ciudad:

porque una vez ocupadas las alturas y la fortaleza de la ciudad, es más fácil el descenso hacia lo bajo.

Pero si quisiéramos entender aquel día que el Señor amenaza como el día del juicio, según lo anterior, en aquel tiempo cuando el Anciano de Días se siente, y se abran los libros, y se manifiesten las conciencias de cada uno: entonces se cumplirá la voz del clamor desde la puerta de los que se compungen (Dan. VII). Pues la primera puerta será la de los ojos, por la cual [Al. cuando] se nos exhibirán nuestros pecados ante nuestros ojos, y toda la pompa e imagen de los antiguos crímenes y vicios y de la lujuria será sacada al medio. Entonces será verdad aquello que está escrito: He aquí el hombre y sus obras ante su faz. Atormentará, pues, su conciencia, y después de que compungido clame desde la primera puerta de los ojos, aullará también desde la segunda, que podemos entender por los oídos. Pues por estos sentidos principalmente, por los cuales se habían deslizado los vicios, se sentirá su pena, cuando veamos lo que hicimos y, enseñados por la palabra, oyendo todo el orden de los pecados, seamos compelidos al aullido, y se quebrante en nosotros todo lo que era excelso e ignorado por nosotros a causa de la ceguera y de los oídos sordos. O ciertamente cuando las palabras sublimes y la instrucción que viene de lo alto nos quebrante y nos desmenuce, y se cumpla en la obra: Rugía por el gemido de mi corazón (Sal. XXXIX, 9), para que sea sacrificio a Dios el espíritu atribulado (Sal. L); en nosotros, que somos hombres y no cometimos pecados tan grandes que se comparen

a montes, las colinas han sido quebrantadas. En cambio, en el diablo y en sus ángeles, lo excelso de los montes será quebrantado.

Muchos piensan que, según la historia que referimos a los tiempos de los babilonios, debe entenderse respecto al primer advenimiento del Salvador, cuando por los pecados excesivos y el clamor del pueblo que resonaba: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25), Jerusalén fue rodeada por el ejército, y por dos osos, a saber, Vespasiano y Tito, la turba de los niños burladores fue consumida (IV Rey. II). Tal entendimiento conviene más a nuestra fe, pero de modo que sepamos que también puede congruir con la historia anterior, o ciertamente que la cautividad anterior sea tipo de la segunda y perfecta subversión de Jerusalén. Y también debe advertirse esto (pues ADAGIM () suena manifiestamente en hebreo, no puerta de los que se compungen, sino puerta de los peces) que alegóricamente la puerta de los peces es en Jerusalén aquella por la cual se introducen los peces buenos que hayan sido separados de los malos, y llorarán, mientras los demás entran, los que queden fuera. O ciertamente al fin del mundo y en la consumación llorarán desde la primera puerta de los peces los que no guardaron su bautismo; llorarán desde la segunda los que no hicieron digna penitencia por sus pecados. Y habrá gran quebranto sobre las colinas, que ni por sus pecados se inclinaron para someter su cerviz y llorar sus crímenes. Pues por estas dos puertas del bautismo y de la penitencia

se da la entrada o el regreso a Jerusalén, esto es, a la Iglesia de Dios.

(Vers. 11.) 686 Aullad, habitantes del mortero: todo el pueblo de Canaán ha callado. LXX: Lamentad los que habitáis en la concisa: porque todo el pueblo de Canaán ha sido asimilado.

Mortero, que en hebreo se dice MACHTHES (), y por Áquila fue vertido como εἰς τὸν ὄλμον, no debe leerse con la primera sílaba breve, para que no pensemos en una esfera (σφαῖραν), sino larga, para que sepamos que se dice del mortero (pila) en el que se machacan los granos, vaso cóncavo y apto para el uso de los médicos, en el cual propiamente suelen golpearse las tisanas. Alguien dirá que ya entendió qué significa el mortero, pero que quiere saber por qué ha sido empleado en el presente lugar. Porque se trata de una descripción de la ciudad capturada, y se dice: Voz de clamor desde la puerta de los peces, y aullido desde la segunda, y gran quebranto desde las colinas: ahora se mantiene el mismo orden de la descripción, y se habla del aullido de aquellos que habitan en el valle de Siloé. Y bellamente la Escritura no dijo: «los que habitáis en el valle», «los que habitáis en el tugurio»; sino «los que habitáis en el mortero», porque a la manera en que los granos, al herir desde arriba la mano del mortero, son triturados, así desde la puerta de los peces, y desde la puerta segunda, y desde las colinas, el ejército descendiendo caerá sobre vosotros.

Llamó pueblo de Canaán al pueblo de los judíos, según aquello que leemos en Daniel: Semilla de Canaán y no de Judá (Dan. XIII, 56); y

a Jerusalén: Tu padre amorreo, y tu madre hitita (Ezeq. XVI, 3); y en otro lugar: Canaán, en tu mano, balanza de iniquidad (Oseas XII, 7). Y si quisiéramos tejer la tropología según ambas traducciones, rectamente son incitados al aullido y al llanto quienes habitan en las extremas heces de los pecados y, sumergidos en lo más profundo de sus crímenes, dicen: Estoy clavado en el limo del abismo, y no hay, dice, sustancia (Sal. LXVIII, 2). Por lo cual también se añade: «los que habitáis la concisa», esto es, el alma herida por muchas iniquidades, o la Iglesia, que está lacerada por cismas y herejías, y ante cada herida llora a sus hijos muertos.

En cuanto a lo que dice: Ha callado, o ha sido asimilado todo el pueblo de Canaán, significa que su blasfemia cesará en el día del juicio, y que la boca que pusieron en lo alto, y la lengua que penetraba hasta la tierra, callarán en un eterno silencio. Y porque Jerusalén pecó un pecado, y por eso ha sido puesta en conmoción, el pueblo es llamado Canaán, que se interpreta, 687 conmoción. Pues no puede decir: Afirmó sobre la roca mis pies (Sal. XXXIX, 3); sino que es siempre incierto y fluctuante en el movimiento. Por lo cual también Noé, varón santo, después que despertó del sueño, por la maldición impuso el nombre a Canaán, diciendo: Maldito sea el niño Canaán, siervo será de sus hermanos (Gén. IX, 25). Y no solo a Canaán se asimilan los pecadores, sino que según la calidad y diversidad del pecado, uno se asimila a Faraón, otro al gigante Nemrod. Y al contrario, por las buenas obras y las virtudes, ya que los ca-

minos de las virtudes son diversos, aquel asume el espíritu de Abraham, este el de Moisés, otro el de Elías; por lo cual dice el Apóstol: Aspirad a los carismas mejores (I Cor. XII, 31). Quien en verdad es perfecto, según aquella perfección que la condición humana puede alcanzar, es sellado con la semejanza de Dios.

Han perecido todos los envueltos en plata. LXX: Han perecido todos los que fueron elevados por la plata. Dice que aquellos que confiaban en sí mismos en las riquezas, y tenían tan grandes opes, que se consideraban a sí mismos como envueltos y cercados por sus propias riquezas. O ciertamente, según los LXX, aquellos que se elevaron en soberbia y despreciaron a los pobres, al venir la ira, fueron devastados. Y al mismo tiempo considera que no dijo: «perecerán los que han sido elevados por la plata»; sino que ya ahora, antes de que les llegue el día del suplicio, en ese mismo hecho de que se ensoberbecen, y siempre piensen en sus tesoros y les sirvan, han perecido y han caído. Quien entienda esto, pienso que no desea suficientemente las riquezas, en las cuales no perecerán en el futuro, sino que ya han perecido quienes han sido elevados. Ni en verdad ha de estimarse que solo han perecido aquellos que son elevados por la plata, sino que según esta definición perecerá también aquel que se jacta en la nobleza de su linaje. Quien se gloria en las dignidades, perecerá; quien se infla, perecerá; quien se gloria en la fortaleza de su cuerpo, perecerá. Perecerá quien, ablandado en la languidez femenina, nutre su cabellera, se arranca los pelos, se

pule la piel y se compone ante el espejo, lo cual es propiamente pasión y locura de las mujeres. Pero si alguno quiere elevarse y ensoberbecerse con soberbia santa, elévese con los apóstoles, cuando haya sido digno de padecer contumelia por el nombre de Jesucristo, gloríese con el Apóstol, que se regocijaba en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra la paciencia, la paciencia la esperanza, y la esperanza no confunde (Rom. V).

(Vers. 12.) Y sucederá en aquel tiempo que escudriñaré a Jerusalén con lámparas, y visitaré sobre los hombres asentados en sus heces; que dicen en sus corazones: no hará bien el Señor, y no hará mal. LXX: Y sucederá en aquel día que escudriñaré a Jerusalén con lámpara, y me vengaré de los hombres que desprecian sus guardias, y dicen en sus corazones: no hará bien el Señor, y no hará mal.

En el tiempo y en el día de la cautividad de Jerusalén, ya sea por los babilonios o por los romanos (porque abandonó la ley del Señor, y actuó impíamente contra el Señor su Creador), el Señor escudriñará con lámpara todas las cosas ocultas de Jerusalén, y no permitirá que nadie escape impune. Leamos las historias de Josefo, y allí encontraremos escrito que también de las cloacas, y de las cavernas, y de los antros, y de los sepulcros, fueron extraídos príncipes y reyes y poderosos y sacerdotes, que se habían escondido en ellos por temor a la muerte.

Y visitaré, dice, sobre aquellos que confían en sus cuerpos y en sus fuerzas, a las cuales despectivamente (*diasyrtikos*) llama heces, o pecados,

en los cuales estaban profundamente hundidos: quienes, quitando la providencia, decían que Dios no era autor ni del bien ni del mal: esto es, que ni devolvería cosas buenas a los buenos, ni cosas malas a los malos: sino que todas las cosas se regían por el arbitrio de la fortuna, y se llevaban por un azar incierto.

Pero en la consumación del mundo, porque se entiende el mismo día del Señor, el Señor escudriñará a Jerusalén, esto es, a su Iglesia con lámpara: y se vengará de los hombres despreciadores, que no quisieron guardar sus guardias, esto es, despreciaron los mandatos del Señor, y además blasfemaron en sus corazones, diciendo que pecaban con razón: que de nada aprovecharía obrar bien, ni estorbaría obrar mal, porque Dios no restituiría ni el premio de las buenas obras, ni la pena de las malas.

Pero rectamente Jerusalén, esto es, la Iglesia (que antes se llamaba Jebús, que significa «hollada»), cuando era hollada por las gentes y era burla de los demonios, fue llamada Jebús, y después que comenzó a habitar en ella la paz del Señor, y su lugar fue hecho en la paz, obtuvo el nombre de Jerusalén. Puesto que, por lo tanto, en el último tiempo, como ya hemos dicho a menudo 689, al multiplicarse la iniquidad, se enfriará la caridad y la luz del sol se retirará de Jerusalén, y habrá tan gran devastación que difícilmente se salvarán incluso los elegidos de Dios (Mat. XXIV): entonces en la lámpara de su palabra y de su razón el Señor escudriñará todos los vicios en Jerusalén, y los sacará a la luz, y de toda palabra ociosa se hará

juicio y venganza, no sobre los pecadores (pues incluso el pecado podría merecer perdón), sino sobre los despreciadores, de quienes se dice en Habacuc: «Ved, despreciadores, y mirad» (Hab. I, 5); y en otro lugar: «¿Por qué no miras a los despreciadores?» Y luego: «El que es arrogante y despreciador, varón soberbio», y lo demás. Sobre estos se hará venganza, que no guardaron las guardias del Señor, y dicen en sus corazones: «No hará el Señor bien, y no hará mal»: no porque Dios haga el mal, sino porque la pena parece ser mala para quien la padece.

De otro modo, también el escalpelo del médico será malo, porque corta las heridas y amputa las carnes podridas. Y el padre malo, azotando al hijo para corregirlo de los vicios, y el maestro malo, reprendiendo al discípulo para instruirlo: Porque toda disciplina al presente no parece ser de gozo, sino de tristeza: pero después dará fruto pacífico a los que por ella han sido instruidos (Heb. XII, 11).

(Vers. 13, 14.) Y será la fortaleza de ellos para el saqueo, y las casas de ellos para el desierto. Y edificarán casas, y no las habitarán; y plantarán viñas, y no beberán el vino de ellas. Cerca está el día grande del Señor: cerca está y veloz en extremo. LXX: Y será la fortaleza de ellos para la rapiña, y sus casas serán disipadas. Y edificarán casas, y no habitarán en ellas, y plantarán viñas, y no beberán el vino de ellas, porque cerca está el día grande del Señor: cerca y veloz en extremo.

Es manifiesto que, según ambas cautividades, todo su ejército fue muerto, y las casas demolidas,

y los campos y las viñas fueron devastados: ni la paciencia de Dios los difirió más tiempo. Pero cuando decían a los profetas: «esto será en el tiempo y en días lejanos», les sobrevino el día grande del Señor y veloz en extremo.

Según la tropología, cuando venga el tiempo del juicio, o la muerte y salida de cada uno del siglo: entonces toda la fortaleza de ellos será para el saqueo, de modo que lo que malamente valía y se erguía contra el Señor, se convierta, débil y quebrantado, para mejor. Como si alguien 690 arrebatara la fortaleza de un ladrón, de un pirata y de un ladrón, y los volviera débiles, les aprovecha su debilidad: pues los miembros debilitados de los que antes no usaban bien, cesarán de la obra mala.

En cuanto a lo que sigue: «Y las casas de ellos para el desierto», muchos hay en la Iglesia que edifican a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad, a quienes les aprovecha que tales casas sean destruidas. Leamos el Levítico, donde se ordena destruir la casa leprosa (Lev. XIV). Y porque la lepra es permanente y se difunde, se ordena que sus piedras, sus maderas y todo el polvo sean arrojados fuera de la ciudad en un lugar in-mundo. Pero también al principio de Jeremías se escribe algo parecido: «He aquí que he puesto mis palabras en tu boca: he aquí que te he constituido hoy sobre las naciones y los reinos: para arrancar, y para derruir, y para dispersar, y para edificar, y para plantar» (Jer. I, 9, 10). Se destruye la edificación pésima, para que después se construya una edificación buena: se arranca la plantación

iniqua, para que se ponga una plantación cerca. Por lo cual también leemos en Salomón: «Mejor es habitar a la intemperie, que en la cal de la con tienda con la iniquidad, y en casa nueva» (Prov. XXI, 9). Como un Dios bueno, por tanto, destruye las casas de aquellos que estaban asentados en sus heces, y habían dicho en su corazón: «No hará bien el Señor, y no hará mal», ni les permite habitar en casas leprosas e inmundas: ni hace que beban el vino de las viñas que habían plantado. Pues si hubieran plantado la viña Sorec, y una viña elegida totalmente verdadera, habrían bebido su vino, y se habrían embriagado con el patriarca Noé y con José al mediodía (Gén. IX y XLIII); pero porque dijeron: «No hará bien el Señor, y no hará mal» (Deut. XXXII, 32, 33), y de la viña de Sodoma era la viña de ellos, y su vástago de Gomorra, «su uva es uva de hiel, y el racimo de amargura para ellos: furor de dragones es su vino, y furor de áspides incurable» (Jer. IX, 23), por eso plantaron viñas y no beberán el vino de ellas.

Y místicamente se dice de Sodoma y Gomorra que toda su plantación pereció. Pues si hubieran permanecido en lo que habían comenzado, para ser como el paraíso de Dios, y no hubieran acabado en el mal, para ser como la tierra de Egipto, su plantación ciertamente habría permanecido. Algo parecido suena también aquello sobre los egipcios en los Salmos: «Mató con granizo las viñas de ellos, y sus sicómoros con la escarcha» (Sal. LXXVII, 47). Como si fuera un Dios clementísimo, en efecto, mató y subvirtió toda plantación egipcia y los arbolillos que, arraigados en Egipto,

to, tienen 691 frutos sanguinarios, para que no beban los que mal plantaron, ni coman de ellos el fruto.

Cerca está el día grande del Señor y veloz en extremo, al cual nadie puede resistir: pero está cerca ya sea por la eternidad, porque nada es largo para él, o por la magnitud de la pena, porque al que padece nunca le parece lejano el suplicio que ha de inferirse. O cerca, como dijimos arriba, cuando salgamos del siglo, y la muerte de cada uno haya hecho la consumación del mundo; y no solo cerca, sino también veloz en extremo, para que la velocidad de su venida se muestre en lo que se añade: «en extremo».

(Vers. 15, 16.) Voz del día del Señor amarga: allí el fuerte será atribulado: día de ira aquel día, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día de niebla y de torbellino, día de trompeta y de clamor sobre las ciudades amuralladas y sobre los ángulos excelsos. LXX: Voz del día del Señor amarga y dura ha sido puesta, el fuerte: día de ira aquel día, día de tribulación y de necesidad, día de miseria y de perdición, día de tinieblas y de torbellino, día de niebla y de oscuridad, día de trompeta y de clamor sobre las ciudades amuralladas y sobre los ángulos excelsos.

Según lo anterior, tómalo ya sea de la cautividad babilónica, ya sea de la última que padecieron de los romanos, sobre la cual también el Señor lloró por Jerusalén, diciendo: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados» (Mat. XXIII, 37), y lo demás. En

verdad, la venganza fue requerida desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, a quien mataron entre el templo y el altar (II Crón. XXIV): y finalmente sobre el Hijo de Dios, diciendo: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos», experimentaron el día amargo: porque habían provocado al Señor a la amargura: el día constituido por el Señor, en el cual no cualquier débil, sino los hombres más fuertes serán abatidos, y vendrá sobre ellos la ira hasta el fin. Pues a menudo también antes sostuvieron la ira del Señor; pero aquella ira no había sido de consumación y de fin (Mat. XXVII, 25).

¿Qué necesidad hay ahora de describir cuántas calamidades sostuvieron en ambas cautividades, y cómo quienes rechazaron la luz del Señor se vieron envueltos en tinieblas y en oscuridad, y quienes no quisieron oír las trompetas de los días solemnes, oyeron el clamor de los combatientes? Sobre las ciudades amuralladas y los ángulos excelsos de Judea, que han sido 692 demolidos hasta el suelo, pienso que es juicio más de los ojos que de los oídos: especialmente nosotros que ahora estamos en esta provincia podemos ver, podemos probar lo que está escrito. Apenas distinguimos pequeños vestigios de ruinas en las que antes fueron grandes ciudades. En Siló, donde estuvo el tabernáculo y el arca del Testamento del Señor, apenas se muestran los cimientos del altar. Aquella ciudad de Saúl, Gabaa, ha sido demolida hasta los cimientos (Josué XVIII). Ramá y Betoron y las demás ciudades nobles construidas por Salomón se muestran como pequeñas aldeas.

Leamos a Josefo y la profecía de Sofonías, discerniremos su historia: y esto no solo debe decirse de la cautividad, sino que hasta el día de hoy, a los colonos pérfidos, tras la matanza de los siervos y finalmente del Hijo de Dios, se les prohíbe entrar en Jerusalén, excepto para el llanto; y para que les sea lícito llorar la ruina de su ciudad, la redimen con precio, de modo que quienes una vez habían comprado la sangre de Cristo, compren sus propias lágrimas: y ni siquiera el llanto les sea gratuito. Podrías ver en el día en que Jerusalén fue tomada por los romanos y demolida, venir a un pueblo luctuoso, confluir a mujercillas decrepitas y a ancianos cubiertos de harapos y de años, demostrando en sus cuerpos y en su hábito la ira del Señor. Se congrega la multitud de los miserables y, mientras el patíbulo del Señor resplandece y su Resurrección (anastasei) radia, desde el monte de los Olivos también brilla el estandarte de la cruz, el pueblo mísero llora las ruinas de su templo, y sin embargo no es digno de compasión: todavía hay lágrimas en las mejillas y brazos lívidos, y cabellos esparcidos, y el soldado pide una paga para que les sea lícito llorar más; ¿y duda alguien, al ver estas cosas, sobre el día de la tribulación y de la angustia, sobre el día de la calamidad y de la miseria, sobre el día de las tinieblas y de la oscuridad, sobre el día de la niebla y del torbellino, sobre el día de la trompeta y del clamor? Pues tienen trompetas incluso en el luto y, según la profecía, la voz de la solemnidad se ha convertido en llanto. Aúllan sobre las cenizas del Santuario y sobre el altar destruido, y sobre las ciudades

antes amuralladas, y sobre los ángulos excelsos del templo, desde los cuales una vez precipitaron a Santiago, el hermano del Señor.

Díganse estas cosas sobre la cautividad de los judíos. Por lo demás, si referimos el día del Señor, como arriba, a la consumación del mundo, o al fin de la vida de cada uno, será 693 manifiesta la interpretación de que la voz del día del Señor es amarga, y llena de necesidad y de ira, y que allí el fuerte será atribulado: cuando incluso los que son santos se salvan, ciertamente, pero como a través del fuego. Aquel día es día de tribulación, y de angustia y de calamidad, y de miseria, en el cual dirán: ¡Ay de nosotros, porque hemos sido hechos miserables! Día de tinieblas: «Pues todo el que obra mal odia la luz, y no viene a la luz» (Juan III, 20); y es necesario que a quien odie la luz, le sigan las tinieblas. Será día de niebla y de torbellino; pues vendrá sobre él la tempestad del Señor y el clamor de la trompeta que el Apóstol significa diciendo: «En la última trompeta» (I Cor. XV, 52). Pues será día de trompeta y de clamor sobre las ciudades amuralladas que se habían edificado para sí en la multitud de los pecados con Caín. Y sobre los ángulos excelsos, obras perversas que se desvían de la vía recta del Señor. Por lo cual también son reprendidos por el Salvador los hipócritas (*hypocritai*) fariseos, porque oran en los ángulos de las plazas (Mat. VI). Pues la vía recta y que tiende al paraíso es estrecha, y angosta es la que lleva a la vida. Pero la vía quebrada que tiene ángulos y tortuosa, es ancha y espaciosa, la cual lleva a la muerte (Mat. VII). Y al mismo

tiempo, entre las palabras de la severidad del Señor, discierne la clemencia, porque por eso es amargo el día, y día de ira, y día de tribulación, y día de trompeta y de clamor, para que las ciudades mal amuralladas y los ángulos perversos sean destruidos.

(Vers. 17, 18.) Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra el Señor; y se derramará la sangre de ellos como el suelo, y sus cuerpos como el estiércol: pero ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira del Señor, y en el fuego de su celo será devorada toda la tierra; porque hará consumación con presteza para todos los habitantes de la tierra. LXX: Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra el Señor, y derramará la sangre de ellos como polvo, y sus carnes como estiércol de bueyes [Al. búfalos], y su plata y su oro no podrán librarlos en el día de la ira del Señor, y en el fuego de su celo será consumida toda la tierra: pues hará consumación y presteza sobre todos los habitantes de la tierra.

No es difícil, según el sentido anterior, decir que Jerusalén padeció estas cosas, las cuales sostuvo por causa de la cruz del Señor: pues se retiró de ella la visitación del Señor, y fueron atribulados todos los 694 hombres en toda Judea, y por la magnitud de la presión anduvieron como ciegos, ignorando qué hacer. Y padecieron estas cosas porque pecaron contra el Señor, esto es, contra el Hijo de Dios. Pues porque derramaron la sangre de los profetas y la sangre de Cristo, fue derramada la sangre de ellos como el suelo

en toda la región, y sus cuerpos permanecieron insepultos, como estiércol sobre la faz de la tierra. Sus ricos también, que amontonaron plata y oro con iniquidad excesiva, no pudieron ser librados por sus riquezas del día de la ira del Señor: pues el fuego del celo del Señor, encendido contra ellos, devoró toda la provincia. Ni fue mucho el tiempo de por medio: pues después de cuarenta y dos años de la cruz del Señor, Jerusalén fue rodeada por el ejército, y su consumación fue hecha con presteza, y no solo la de ella, sino para todos los habitantes de la tierra de Judea.

Pero en la consumación, ya sea del mundo o de cada uno, serán atribulados todos los hombres que permanecieron como hombres y murieron como hombres. Y andarán como ciegos, porque perdieron la luz de las virtudes y no tendrán lugar de penitencia: y padecerán estas cosas porque pecaron contra el Señor. Pues si el Señor [Al. del Señor] es justicia, verdad, santidad y las demás virtudes, cualquiera que obró injustamente, y mintió, y siguió los prostíbulos y los vicios, pecó contra el Señor. Pero lo que sigue: «Y se derramará la sangre de ellos como el suelo, y sus cuerpos como estiércol de bueyes», parece absurdo, que en la resurrección de los muertos, y en la consumación del mundo y en el juicio, digamos que se derrama la sangre y los cuerpos yacen como estiércol. Por tanto, aquello que se dice a Noé: «Y la sangre de vuestras almas requeriré de mano de todas las bestias, y de mano del hombre, y de mano del hermano requeriré el alma del hombre que haya derramado la sangre del hombre: por

su sangre será derramada la suya» (Gén. IX, 5, 6), es tanto ridículo creerlo en la resurrección, como en la vida esto no puede sostenerse. Pues, ¿cuántos derramaron sangre, y su sangre no fue derramada? ¿Y otros mataron a un hombre con veneno, o por ahorcamiento, y sin embargo, aunque el hombre haya muerto, no se ha derramado sangre? ¿Cómo, pues, el Señor va a derramar la sangre de ellos en talión, cuando aquel 695 que mató no derramó sangre? Por lo tanto, la sangre del hombre, to zotikon aitos, esto es, lo vital, por lo cual es vegetado, y sustentado, y vive, debe entenderse: lo cual, quien lo haya derramado, ya sea por escándalo, o por perversidad de doctrina, en el día del juicio será derramado de él, esto es, que lo que le parecía tener como vital, se verá obligado a perderlo. Según esta clase de sangre, también se entiende la carne, de la cual también dice Isaías: «Toda carne es heno» (Is. XL, 6). Y en el Génesis el Señor dice: «No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne» (Gén. VI, 3). Y el Apóstol, sobre ambos: «La carne y la sangre no podrán poseer el reino de Dios: ni la corrupción heredará la incorrupción de Dios» [Al. tacet de Dios] (I Cor. XV, 50).

En el día, pues, de la consumación, ya sea general o especial, toda sangre que ha sido derramada clamará al Señor, y aparecerá en medio, y las obras de la sangre y las cosas terrenas yacerán como polvo y estiércol, y la plata y el oro no podrán librar a los ricos del día de la ira, oyendo a aquel que muere: «Necio, esta noche te será quitada tu alma; lo que has preparado, ¿de quién

será?» (Luc. XII, 20). No es que neguemos que el oro y la plata libran a los ricos de la muerte: «Pues la redención del alma del hombre son sus propias riquezas» (Prov. XIII, 8); sino que en aquel tiempo no pueden librar, cuando dejan las riquezas por necesidad. Pues toda la tierra y todas las cosas que son terrenas serán devoradas por el celo del Señor. Y lo que dice «por celo», entiéndelo como que el Señor todavía ama. Pues si no amara al alma humana, nunca tendría celos de ella: y a semejanza del marido, vengaría el pecado de la mujer, quien, si no amara, ni se airaría por su adulterio. Y esto lo hará el Señor con presteza para todos los habitantes de la tierra, para aquellos que se entregaron profundamente a la tierra, y no fueron advenedizos y peregrinos, como el justo que habla: «Advenedizo soy yo en la tierra, y peregrino como todos mis padres» (Sal. XXXVIII, 13). Y de nuevo en otro lugar, no queriendo habitar más tiempo en el tabernáculo de la carne, testifica con voz lacrimosa diciendo: «¡Ay de mí!, porque mi peregrinación se ha prolongado» (Sal. CXIX, 5). En efecto, los que estamos en el tabernáculo de este cuerpo, gemimos lamentándonos: «Miserable hombre de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?» (Rom. VII, 24).

(Cap. II, Vers. 1, 2.) «Reuníos, congregaos, nación no amable: antes de que el mandato para a luz como polvo que pasa el día: antes de que venga sobre vosotros la ira del furor del Señor, antes de que venga sobre vosotros la ira de la indignación [Vulg. el día del furor] del Señor». LXX: «Congregaos y uníos, nación no instruida: antes

de que seáis como flor que pasa el día: antes de que venga la ira del Señor sobre vosotros: antes de que irrumpa sobre vosotros el día de la ira del furor del Señor».

Después de la descripción de los males que han de venir en el día del Señor (según la doble exposición de la cautividad que dijimos arriba), el pueblo es provocado a la penitencia, y se le dice: «Reuníos y congregaos», o, como está escrito en los LXX, «uníos», es decir, estad unidos entre vosotros (según el Apóstol) por el vínculo de la caridad: «nación no amable», tú que eres indigna del amor de Dios: o «nación no instruida», de la cual se dice en el Deuteronomio: «Pueblo estúpido y no sabio» (Deut. 32, 6). Y en Jeremías: «En vano herí a vuestros hijos, no recibieron la corrección» (Jer. 2, 30), antes de que se haga lo que ha sido profetizado, antes de que el efecto siga al precepto (lo cual vendrá tan fácilmente como el polvo que pasa), antes de que el furor del Señor se cumpla sobre vosotros.

Y al mismo tiempo, observa la clemencia de Dios: a los prudentes les habría bastado que se les describiera el ímpetu de los males venideros; pero porque no quiere infligir suplicios, sino solo aterrorizar a los que han de sufrirlos, Él mismo los provoca a la penitencia, para no hacer lo que ha amenazado. En general, sin embargo, toda la multitud de los creyentes, y de aquellos que son llamados pueblo de Dios, se congrega en la Iglesia, y se le dice: «Reuníos en la Iglesia, asociados entre vosotros con caridad y paz, oh nación no instruida, que no quieres recibir la disciplina de

Dios, ni tener conocimiento de sus mandamientos; sino que te deleitas en las riquezas y en la salud del cuerpo y en la belleza de este siglo, y también en las voluptuosidades de la carne, que pasa como la flor que se marchita en un solo día». Por eso os digo: reuníos, asociados, no sea que cuando venga el tiempo del juicio y toda vuestra gloria haya pasado, entonces queráis hacer penitencia cuando ya no habrá lugar para la penitencia, sino para los castigos.

Alguien podría preguntar cómo puede entenderse esto mismo sobre cada uno que emigra de este mundo. Se dice, pues, a cada individuo: Oh tú, que ocupado en los negocios del siglo discurre por diversos caminos, vuelve a la Iglesia de los santos y únete a su vida y a su asamblea, a quienes ves que agradan a Dios, y obliga a los miembros disueltos de tu alma, que no guardan coherencia entre sí, a entrar en una sola estructura de sabiduría, y áferrate a su abrazo, y escucha místicamente: «Fortaleced las manos disueltas, consolidad las rodillas débiles» (Is. 35, 3 [Jerónimo cita como Is. 40, 7]): ni te gloríes en los bienes de la carne y en su flor que pasa: «Porque toda carne es heno, y toda su gloria como flor de heno». «Se secó el heno y la flor cayó: mas la palabra del Señor permanece para siempre» (Is. 40, 6-8).

Podemos usar este capítulo según la ocasión: si alguna vez vemos a alguien entregado a los honores del siglo y ocupado en reunir riquezas, que viene a la Iglesia o rara vez o nunca, podemos decirle: congrégate y únete al pueblo de Dios, tú

que no escuchas los preceptos del Señor, antes de que tu gloria pase, antes de que el día del furor del Señor te sobrevenga.

(Vers. 3, 4.) «Buscad al Señor, todos vosotros, los mansos de la tierra, que habéis cumplido su juicio: buscad al Justo, buscad al Manso, por si de algún modo podéis ser escondidos en el día del furor del Señor». «Porque Gaza será destruida y Ascalón quedará en desierto. A Azoto la expulsarán al mediodía y Ecrón será erradicada». LXX: «Buscad al Señor, todos los humildes de la tierra: cumplid el juicio y buscad la justicia, y responded con estas cosas, para que seáis protegidos en el día de la ira del Señor, porque Gaza será saqueada y Ascalón quedará en desierto: y Azoto será arrojada al mediodía y Ecrón será erradicada».

Es llamado «humilde de la tierra» aquel que no está humillado por la humildad, que suena a virtud, sino por los pecados, ni puede decir con Cristo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11, 29). Porque todo el que se humilla será ensalzado. Y en otro lugar se dirige la palabra al santo: «Cuanto mayor fueres, tanto más humíllate a ti mismo, y hallarás gracia ante Dios» (Eccl. 3, 18). Pero el que está humillado por los pecados y agravado por la conciencia de sus delitos, y dice: «Como carga pesada, se han agravado sobre mí» (Sal. 37, 5 [Vulg. 38, 5]), este debe oír: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os refrescaré» (Mt. 11, 28).

Dígase esto al principio según los intérpretes de los LXX. Por lo demás, según el hebreo, el sentido es otro. Pues se dice a los santos: Oh vo-

sotros, que guardáis mis preceptos, que puestos en la tierra y sabiendo que todo el que se humilla será ensalzado, habéis imitado mi mansedumbre y habéis cumplido el juicio, buscad al Señor en vuestra mansedumbre. Y si queréis saber quién es este Señor, buscad al Justo, buscad al Manso: «Pues el Padre todo el juicio lo dio al Hijo» (Jn. 5, 22), quien ha de juzgar justamente. Y porque sois mansos, por eso buscad al Manso, para que todo lo que falte en vuestra mansedumbre sea llenado por aquel que es la fuente de la mansedumbre.

Pero os digo esto: «Por si de algún modo podéis ser escondidos en el día del furor del Señor», esto es, si acaso podéis, por el hecho de haber buscado al Señor y haber cumplido su justicia, evitar la ira del día venidero y escapar de la cautividad que ha de ser infligida al pueblo de los judíos, ya sea por Nabucodonosor o por los romanos. Pero si sobre esto dudan los que han cumplido sus juicios, diciendo: «Por si de algún modo podéis ser escondidos en el día del furor del Señor», ¿qué será de los pecadores? Pues vendrá tal vastedad sobre la tierra de Judea, y subirá aquí un vencedor tan sublime, el ejército babilonio, que la misma cautividad alcanzará incluso a las ciudades más potentes de los filisteos, que siempre os resistieron en combate igualado. Pues Gaza será destruida, y Ascalón será reducida a soledad, y a Azoto, no por robo sino por guerra, esto es, con luz manifiesta y victoria, la llevarán a la cautividad: y Ecrón, que se interpreta como «erradicación» (*eradicatio*), sufrirá esto que

suenan en su nombre, esto es, «será erradicada» (*eradicabitur*).

Esto según la letra y la verdad hebrea. Según los Setenta, en cambio, se manda a los humildes de la tierra, de los que se habló arriba, que cumplan el juicio y busquen la justicia, la cual no creo que sea otra sino Cristo. Y porque todo el que busca hallará (Mt. 7, 8), aquello que hayan hallado respóndanlo a otros, esto es, enséñenlo a otros: «Sabiduría escondida y tesoro que no aparece, ¿qué utilidad hay en ambos?» (Eclo. 20, 32). Y esto, dice, os mando para que seáis protegidos en el día de la ira del Señor, ya sea en la consumación del mundo o en la salida de cada uno de este siglo.

Pues Gaza y Ascalón, y Azoto y Ecrón sufrirán diversos castigos: pues Gaza se interpreta como «su fortaleza» (*fortitudo ejus*). Todos aquellos, pues, que se aplauden a sí mismos en la fortaleza del cuerpo y en la potencia secular, y dicen con el diablo: «Con mi fortaleza lo haré», serán saqueados en el día de la ira del Señor y serán reducidos a nada. También Ascalón, que se llama «pesada» (*ponderata*) o «fuego homicida» (*ignis homicida*), cuando venga el día de la ira del Señor, sentirá la medida de su crimen y será deprimida con el mismo peso con que obró. Y porque ardió para derramar sangre y escandalizó a muchas almas, y se cumplió en ella: «Al hombre sanguinario y doloso abominará el Señor» (Sal. 5, 7), no será saqueada como Gaza, sino que, reducida a soledad, será quemada por los fuegos de la gehena hasta el polvo.

Y también Azoto, que en hebreo se dice ESDOD, y en nuestra lengua suena como «fuego de la generación» (*ignis generationis*), será devastada con luz clara: pues ardió en la libido y se desenfrenó en el incendio de la generación. Y porque «todos ellos son adúlteros como un horno» (Os. 7, 4) sus corazones, y han sido heridos por saetas ardientes, no en las tinieblas, no en juicio oculto, sino al mediodía, esto es, cuando los santos reciban la plena claridad, serán arrojados a las tinieblas y no tendrán el consorcio de los santos. Pero Ecrón, que se interpreta como «esterilidad» (*sterilitas*) o «erradicación» (*eradictio*): porque no tuvo frutos y por la perversidad de su doctrina erradicó a muchísimos, ella misma también será erradicada. Entiende todas estas variedades en los vicios y pecados de las almas, y porque «el fuego probará cuál sea la obra de cada uno» (1 Cor. 3, 13) en el día del juicio.

(Vers. 5-7.) «¡Ay de vosotros que habitáis en el cordel del mar, nación de perdidos! La palabra del Señor es contra vosotros, Canaán, tierra de filisteos; y te destruiré de modo que no quede habitante». «Y será el cordel del mar descanso de pastores y apriscos de ovejas; y será cordel para aquel que quede de la casa de Judá: allí pacerán, en las casas de Ascalón descansarán al atardecer, porque los visitará el Señor su Dios y apartará su cautividad». LXX: «¡Ay de los que habitáis el cordel del mar, advenedizos de los cretenses! La palabra del Señor es contra vosotros, Canaán, tierra de los alófilos, y os destruiré de vuestra habitación». «Y será Creta pasto de rebaños y

aprisco de ovejas, y será el cordel del mar para los que queden de la casa de Judá: sobre ellos pacerán en las casas de Ascalón; después del mediodía se desviarán ÷ de la faz de los hijos de Judá ** porque los visitará el Señor su Dios y apartará su cautividad».

En cuanto a la historia, no es difícil de interpretar, porque en lo anterior había dicho: «Gaza será destruida y Ascalón quedará en desierto; a Azoto la expulsarán al mediodía y Ecrón será erradicada». Nombradas cuatro grandes ciudades de Palestina, ahora es evidente que el discurso del Señor se dirige a la provincia en general, y se le predice: «¡Ay de vosotros que habitáis en el cordel del mar!», al venir el babilonio; porque también los que habitan junto al mar perecerán y serán arrebatados. Que la tierra de los filisteos es la tierra de Canaán, nadie lo duda. «Y te destruiré —dice—, de modo que no haya habitante»; y llegarás a tal vastedad, tú que te alegrabas en la destrucción de Judea, que todas tus ciudades más fortificadas serán apriscos de pastores.

Y después de que el Señor haya visitado a su pueblo y los haya hecho regresar bajo Zorobabel y Josué, y hayan edificado el templo y construido Jerusalén, tú estarás tan inculta y así cubierta de zarzas y ortigas, que los pastores de los restos de los judíos descansarán en Ascalón después del mediodía, y en una ciudad en otro tiempo noble harán recostar a sus rebaños; y esto sucederá porque el Señor visitará a su pueblo y apartará su cautividad, cosa que si sucedió o no, Dios lo sabe. Pues no es ahora nuestro propósito tejer la verdad

de la historia, sino comunicar a los nuestros lo que recibimos de los hebreos.

Según el sentido espiritual y la traducción de los LXX, la comprensión es difícil, sobre todo porque discrepan incluso en la interpretación. Pues donde nosotros traducimos «nación de perdidos» (*gens perditorum*), ellos dijeron «advenedizos de los cretenses» (*advenae Cretensium*); y lo que en hebreo está escrito *GOI CHORETHIM*, en lugar de *GOI*, esto es, «nación», leyeron *GAR*, esto es, «advenedizo»; y por *CHORETHIM*, que significa «de los perdidos», pensaron en el nombre de la isla de Creta. Finalmente, Aquila y la quinta edición tradujeron *ethnos olethrion* (nación destructora); y Teodoción *ethnos olethrias*; Símaco también *ethnos olethreuomenon* (nación que es destruida), todo lo cual concuerda con nuestra interpretación. Por otra parte, donde nosotros dijimos: «Y será el cordel del mar descanso de pastores», y todos los intérpretes concordaron con esta traducción, en los LXX se escribe: «Y será Creta pasto del rebaño y aprisco de ovejas».

Por tanto, comparando cosas espirituales con espirituales, y manteniendo una vez emprendida la senda de la edición Vulgata, preguntamos si hemos leído en otra parte de las Sagradas Escrituras el nombre de Creta. Y, si no me engaño, está a la mano: «Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos; este testimonio es verdadero» (Tit. 1, 12-13). Los que fluctúan y son llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina en el engaño de los hombres, en la

astucia del error: estos, cuando debían habitar en la tierra de la confesión, esto es, en la tierra de Judea, quisieron más bien ser advenedizos de los cretenses, que son golpeados de un lado a otro por las diversas olas del mar, y suenan con bronce coribántico, y son, según el Apóstol, «como címbalo que retiñe» (1 Cor. 13, 1). Y porque son advenedizos de los cretenses, por eso el discurso de Dios, esto es, la conminación, se dirige a ellos; y se les llama tierra de Canaán siempre en fluctuación, siempre en movimiento, y tierra de los alófilos: pues ajenos a Dios, se mueven en el cordel del mar y en la región de Creta.

Se dirige, pues, a ellos el discurso de Dios, ya sea en la consumación y fin del mundo, o cotidianamente a través de los varones eclesiásticos, y de quienes pueden decir con el apóstol: «¿Buscáis una prueba de aquel que habla en mí, Cristo?» (2 Cor. 13, 3); para que sean expulsados de Creta y se pierdan de sus antiguas habitaciones, y aquella región que antes contenía al rebaño perdido empiece a ser aprisco de las ovejas de Cristo; y Judá, esto es, la verdadera confesión, habite en los cordeles del mar.

Y cuando ya el mundo empiece a estar al atardecer, y de los muchos llamados sean pocos los elegidos, y los que ahora son llamados restos de la casa de Judá hayan apacentado a los que primero se apacentaban en el mar, en Creta y en la mentira: se desviarán a las casas de Ascalón, esto es, donde antes manaba el fuego del diablo y la sangre de los muertos; pues Ascalón se interpreta como «fuego homicida» (*ignis homicida*). Y

esto sucederá porque el Señor visitará a su pueblo, y estos que antes eran fácilmente capturados por los sofismas de los herejes, como viniendo de la cautividad, vencerán a sus adversarios y habitarán en sus tabernáculos. En cuanto a lo que se lee en los LXX: «De la faz de los hijos de Judá», lo hemos marcado con un óbelo, pues ni se encuentra en el hebreo ni se menciona entre ninguno de los intérpretes, y conturba el contexto y el sentido del capítulo: no porque fuera difícil de cualquier modo, incluso con esto puesto, tejer la sentencia; sino que hemos decidido de una vez por todas seguir la verdad de la interpretación y el juicio del lector más erudito que el del vulgo.

(Vers. 8 sigs.) «He oído el oprobio de Moab y las blasfemias de los hijos de Amón, con las que han ultrajado a mi pueblo y se han engrandecido sobre sus fronteras. Por tanto, vivo yo, dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que Moab será como Sodoma y los hijos de Amón como Gomorra: sequedad de espinas y montones de sal, y desierto para siempre; los restos de mi pueblo los saquearán, los residuos de mi nación los poseerán. Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se engrandecieron contra el pueblo del Señor de los ejércitos. Terrible será el Señor sobre ellos, y atenuará a todos los dioses de la tierra; y lo adorarán, cada varón desde su lugar, todas las islas de las naciones».

LXX: «He oído el oprobio de Moab y las contumelias de los hijos de Amón, en las que ultrajaron a mi pueblo y se engrandecieron sobre mis fronteras. Por tanto, vivo yo, dice el Señor de las virtu-

des, Dios de Israel: que Moab será como Sodoma y los hijos de Amón como Gomorra, y Damasco quedará como montón de era, y disipada para siempre. Y los que queden de mi pueblo los saquearán, y los residuos de mi nación los poseerán. Esto les será por su contumelia, porque ultrajaron y se engrandecieron contra el Señor omnipotente. Manifiesto será el Señor sobre ellos, y dispersará a todos los dioses de las naciones de la tierra, y lo adorarán cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones».

Con la excepción del profeta Daniel, que con más frecuencia ve visiones de los cuatro reinos y explica sus diferencias bajo diversas imágenes (Dan. 8), Isaías, Jeremías y Ezequiel hacen esto: después de la visión sobre Judá, vuelven su profecía contra las demás naciones que están a su alrededor y, según los rasgos particulares (*idió-mata*) de cada una, anuncian lo que les ha de venir y se demoran más en su descripción. Esto mismo hace ahora el profeta Sofonías, aunque brevemente, con el mismo orden. Pues después de los filisteos, contra quienes precedió arriba la conminación: «Gaza será destruida y Ascalón quedará en desierto; a Azoto la expulsarán al mediodía y Ecrón será erradicada», ahora se teje la profecía contra Moab y los hijos de Amón o, como se añade en los LXX, contra Damasco, que en Isaías (Cap. 17) se llama Aram. Esto se debe a que, prestando auxilio a Nabuchodonosor, devastaron Judá, pisotearon su santuario, también subvirtieron el templo y, subyugado el pueblo de Israel, blasfemaron del Señor. Ciertamente

Nabucodonosor y los caldeos, derruidas las ciudades de los judíos, oprimieron a las demás naciones; y así sucedió que quienes habían insultado al pueblo de Dios, ellos mismos también se vieron oprimidos por la misma angustia de males y tuvieron como compañero de servidumbre a Judá, a quien pensaron tener como sujeto. Por tanto, antes de que llegue la cautividad siendo aún rey Josías, y no habiendo sido aún subvertidos Jerusalén y el templo, se dirige contra los que insultan la profecía, para que los antiguos males del pueblo de Dios se aliviaran con el mal de las demás naciones.

«He oído —dice— el oprobio de Moab», que ahora se llama Areópolis, «y las blasfemias de los hijos de Amón», que es la misma ciudad de Arabia llamada Filadelfia, la segunda después de Bosra: «en las que ultrajaron a mi pueblo» y, expulsados los judíos, dilataron sus fronteras en la tierra de ellos. Por tanto, porque blasfemaron de mí y ultrajaron a mi pueblo, «yo, el Señor de los ejércitos», que puedo cumplir lo que conmino, «y Dios de Israel», que en mi pueblo sufro yo mismo la injuria, «haré que Moab sea como Sodoma y los hijos de Amón como Gomorra». Leamos visiones de este tipo en Isaías y Jeremías y encontraremos lo mismo que leemos ahora aquí.

«Sequedad de espinas y montones de sal, y desierto para siempre», por lo cual los LXX, no sé qué pretendiendo, interpretaron como «Damasco arrancada y abandonada», engañados, si no me equivoco, por la ambigüedad de la palabra. Pues «sequedad», que en hebreo se dice *MAMA-

SAC*, exceptuando la primera letra *MEM*, si se cambia y se toma la *DALETH*, tiene las mismas letras restantes que Damasco y puede leerse en lugar de la palabra precedente *DAMASEC*. Se pregunta, sin embargo, ¿cómo estas ciudades, es decir, Moab y los hijos de Amón, han sido reducidas a Sodoma y Gomorra, y como aridez de espinas y montones de sal no serán edificadas para siempre? Y en cuanto a que fueron devastadas como Sodoma y Gomorra, no hay dificultad alguna en explicarlo. Pero esto que sigue: «Serán desiertas para siempre», o bien lo interpretaremos como la destrucción de su reino (porque después, subvertidas por los caldeos, perdieron su reino y, posteriormente poseídas por los Antíocos o por los Ptolomeos, finalmente sometieron su cuello al Imperio romano), o ciertamente ha de entenderse que se dice hiperbólicamente. Pues *LOLAM* suena tanto a «eternidad» como a «siglo» (*saeculum*): de donde puede entenderse por un solo siglo, o por algún tiempo, o por una sola generación. Y los que queden del pueblo de Israel los saquearán y poseerán los antiguos auxilios de los caldeos que blasfemaron. Pero esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se engrandecieron contra el pueblo del Señor de los ejércitos, el cual Señor de los ejércitos será terrible sobre ellos, y su horror no matará a los soberbios; no derramará la sangre de los blasfemos, sino que dispersará y atenuará todos sus ídolos, para que quienes antes estaban retenidos por el error y no sentían los beneficios del Señor, oprimidos por la necesidad de los males, sepan que los ídolos de

nada aprovechan y lo adoren cada uno desde su lugar todas las islas de las naciones. Hasta aquí según el hebreo.

Ahora volvamos a los intérpretes LXX y obliguemos a los judíos, que solo siguen la historia, a que nos expliquen cuándo Moab y los hijos de Amón se convirtieron en algo parecido a Sodoma y Gomorra, y en montones de sal y desiertos para siempre. Deben mostrar lluvias sulfúreas, viñedos, la tierra convertida en cenizas y rescoldos, el mar sobre los antiguos pozos de sal, que ahora se llama Mar Muerto, habiéndose inundado: cuándo los saquearon los judíos, cuándo los poseyeron las naciones residuales israelitas. ¿O qué indignación del Señor es atenuar y dispersarlos por la blasfemia y las contumelias? ¿No a Moab y Amón, sino a toda la tierra, para que lo adoren cada uno desde su lugar todas las islas de las naciones? Lo cual concederá más bien como beneficio a los blasfemos, para que del error vuelvan a la salvación. Pero si quisieran decir que después del regreso de Babilonia estas naciones estuvieron sujetas al pueblo de Israel, primero pediremos la autoridad de las Escrituras de donde prueben que esto sucedió. Luego, como de ningún modo podrán demostrarlo, se lo concederemos por exceso y diremos: Supongamos que sucedió lo que decís, ¿qué justicia de Dios sería que blasfemasen los abuelos y ultrajasen los bisabuelos, y después se les devolviera a los nietos? Cuando ciertamente aquella sentencia por la que antes se decía en la Ley que los pecados de los padres se restituían en los hijos en la tercera y cuarta generación (Éx.

20), fue anulada por Ezequiel. «Vivo yo, dice el Señor: de ningún modo se dirá esta parábola, sino que el alma que peque, esa morirá» (Ez. 18, 20). Y al mismo tiempo advierte que es una parábola lo que se ha dicho y no suena a lo que profieren en la superficie de la letra. Pero si es injusto devolver a los nietos lo que delinquieron los abuelos, cuánto más injusto es, por la estulticia de los judíos, esperar que esto mismo suceda en la consumación del mundo, cuando no ha de venir su Cristo, como piensan, sino el Anticristo. Pues siempre que se ven apretados en la historia para enseñar que se ha cumplido lo que se ha dicho, saltan inmediatamente a los tiempos futuros de Cristo y todas las cosas que no pueden explicarse las prometen para después de muchos siglos, y dicen que Moab, y los hijos de Amón, y Egipto, y los filisteos, e Idumea, que ahora insultan a los judíos, han de ser castigados en aquel tiempo. Preguntémosles, pues, por qué Dios castiga a estas naciones principalmente y no a todo el orbe en el que los judíos están dispersos a lo largo y a lo ancho. Pues si Moab merece ser corregida insultando a los judíos, y los hijos de Amón y las demás naciones de alrededor, ¿por qué no se corrige a la Galia? ¿Por qué no pone a las Britanias en la conminación? ¿Por qué las Hispanias son ajenas a la pena? ¿Por qué razón de Italia nada se dice? ¿De África por qué se calla? Y para decirlo de una vez, puesto que todo el orbe tiene cautivos a los judíos, ¿qué han cometido solo estas naciones de tan gran crimen, que están a su alrededor, para que sean solo ellas nombradas principalmente?

Esto contra los judíos y la explicación general en todos los profetas dondequiera que se diga alguna profecía contra las naciones.

Ahora, lo que dijimos arriba, que Damasco no se encuentra en hebreo ni en ningún otro intérprete, lo comprobaremos también por el mismo orden de la Escritura. 706 Pues a lo que había dicho: «He oído el oprobio de Moab y las blasfemias de los hijos de Amón», después refirió: «Porque Moab será como Sodoma y los hijos de Amón como Gomorra». Por tanto, lo que sigue: «Y Damasco desierta como montón de era», debiera haber premiso también algo de Damasco. Para que así como había dicho de las dos naciones: «Moab será como Sodoma y los hijos de Amón como Gomorra», cuyos pecados ya había dicho antes, así también hubiera descrito los oprobios o las blasfemias de Damasco, para que después pareciera inferir dignamente el suplicio. Pero incluso esto mismo que se dice: «Como montón de era», que en griego se dice **hōs thimōnia halos**, pensamos que los LXX interpretaron **halos**, esto es, «de sal». Pero por los ignorantes que pensaron en **thimōnian**, esto es, «montón» de trigo o frutos, en lugar de **halos**, añadidas dos letras **ō** y **n**, como por la consecuencia de los frutos, **halōnos**, esto es, «de era», fue puesto. Sea dicho esto sobre la variedad y el error de la interpretación y sobre la dificultad de la historia.

Pero el varón que es docto y compara lo espiritual con lo espiritual, y no busca lo que está abajo sino lo que está arriba, y resucita con Cristo de los infiernos y, deponiendo al hombre viejo, se viste

del nuevo, referirá los oprobios de Moab y las blasfemias de los hijos de Amón a los maestros de dogmas contrarios a la Iglesia. que también ellos mismos parecen ser del linaje de Abrahán y haber escapado del incendio de Sodoma y Gomorra, y habitar en la pequeña Segor. Pero porque su generación está en tinieblas y no pueden mirar la luz de la verdad (pues se desviaron de Dios Padre, lo cual se interpreta por los nombres de Lot y Moab) y dejaron de ser hijos de Dios (lo que se llama «pueblo mío») y concebidos en una tenebrosa cueva subsistieron de nupcias incestuosas. Por eso hasta el día de hoy, insultando la simplicidad de los hijos de Judá, desean engrandecer sobre sus fronteras su propia posesión, de quienes se dice en los Proverbios: «No traspases los términos sempiternos que pusieron tus padres» (Prov. 22, 28). Mira a los herejes aplaudiéndose a sí mismos en la dialéctica y la retórica y en los dogmas de todos los sofismas, despreciar la rusticidad de la Iglesia y, como indigna de sus misterios, que para sí se han forjado como ídolos, despreciarla y tenerla por nada. Y no buscarás cuáles son los oprobios de Moab y las contumelias de los hijos de Amón, en las que ultrajaron al pueblo de Dios. Juró, pues, el Señor por sí mismo diciendo: «Vivo yo, dice el Señor». Y bellamente, para distinción de los dioses muertos, que se llaman ídolos, se dice Dios viviente, el Dios de Israel, esto es, del pueblo que ve a Dios. Porque estas naciones blasfemas, es decir, Moab y los hijos de Amón, de quienes dijimos arriba: «Serán como Sodoma y Gomorra». Se les antoja ciertamente a

ellos que, por el hecho de no ser gentiles, han salido de Sodoma y Gomorra, pero porque blasfeman contra el pueblo de Dios y actúan contra Israel, serán reputados en Sodoma y Gomorra y serán así borrados como aquellas fueron borradas antes, no teniendo en sí ningún rastro de verdor y de vida. No es de extrañar que entendamos esto de los herejes, que sean reputados como Sodoma y Gomorra, cuando incluso a los eclesiásticos que no observaron los mandatos de Dios y se salieron de sus preceptos se les dice por Isaías: «Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, y atended a la ley del Señor, pueblo de Gomorra» (Is. 1, 10). Y a los presbíteros que deseaban, bajo la figura de Susana, corromper la castidad de la Iglesia, diga Daniel: «Este es el juicio de Dios: simiente de Canaán y no de Judá» (Dan. 13). Y para que sepáis que cuantas veces se nombran Sodoma y Gomorra y Egipto, no se dice de estas provincias que vemos con los ojos, sino de otras espirituales a las que la palabra profética conmina: leed en el Apocalipsis de Juan: «El lugar en el que el Señor fue crucificado se llama espiritualmente Sodoma y Egipto» (Apoc. 11, 8). Si, pues, Jerusalén, en la que el Señor fue crucificado, se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, ¿por qué no al contrario Egipto y Sodoma y Gomorra, si hicieron las obras de Jerusalén y de la tierra de Judá, sean transferidos a la tierra de la suerte del Señor? Finalmente, David tampoco era de los sacerdotes ni le era lícito comer los panes de la proposición (1 Sam. 21), pero porque crecía por cada una de las obras y la persecución de Saúl era el progreso de sus vir-

tudes, por eso en su huida, mientras no lo sabe, de pronto es hecho pontífice y recibe los panes de la proposición y no viola el mandato de Dios. Todo esto hemos dicho porque Moab será como Sodoma y los hijos de Amón como Gomorra. También Damasco, que se interpreta «bebiendo sangre» o «sangre de saco», será abandonada por la misericordia de Dios como montón de sal. Pues porque su príncipe es el rey Aretas y los damascenos desean matar a Pablo, y es descolgado por el muro en una espuerta (Hech. 9). No se dice a Damasco: «Vosotros sois la sal de la tierra»; ni se llama sal a aquello que siempre se ofrece en las víctimas. Sino a lo que se ha desvanecido y de lo cual se escribe en el Evangelio: «Si la sal se desvaneciera, ¿con qué se salará? para nada es útil, ni para la tierra ni para el estercolero, sino que la arrojan fuera para que sea pisoteada por los hombres» (Mt. 5, 13). Así pues, Moab, y Amón, y Damasco, que se prepararon contra la ciencia del Señor y blasfemaron del pueblo de Dios. Y dijeron contra él muchísimas contumelias, y quisieron dilatar sus fronteras en la tierra de la Iglesia y poseer al pueblo de Dios, serán desiertas y destruidas. Y los restos del pueblo de Dios, esto es, los varones eclesiásticos eruditos en las Escrituras del Señor, los saquearán y los residuos de la nación del Señor los poseerán, y esto les será por contumelia, porque ultrajaron y se engrandecieron contra el Señor omnipotente. Mira la clemencia, mira la misericordia del Señor: sufre contumelia, es blasfemado, son saqueadas sus fronteras, ¿y él qué hace? Envía a los restos de su pueblo, de quienes

hablamos, para dividirse para sí a los que blasfeman y llevarlos a su propia posesión. Pues mucho mejor es para el necio servir al sabio y que su necedad sea corregida por la sabiduría del Señor que ser abandonado a su propia necedad. Vendrá, pues, el Señor omnipotente y será más manifiesto sobre ellos, a quien ahora no conocen, a quien ignoran; y dispersará todos los dogmas, esto es, los dioses de ellos e ídolos de las diversas naciones, para que después de que los simulacros que de su propio sentido se habían compuesto hayan sido subvertidos, se conviertan las naciones al Señor y cada uno en su lugar adore a aquel a quien no conocía antes.

(Vers. 12 sigs.) «Pero también vosotros, etíopes, seréis muertos por mi espada; y extenderá su mano sobre el Aquilón y perderá a Asur, y pondrá a la hermosa en soledad, y en lugar inaccesible y como un desierto. Y se echarán en medio de ella los rebaños, todas las bestias de las naciones; y el onocrotalo y el erizo morarán en sus umbrales; la voz del que canta en la ventana, el cuervo en el dintel, porque atenuaré su fortaleza. Esta es la ciudad gloriosa que habitaba en confianza, que decía en su corazón: Yo soy, y no hay otra fuera de mí más; ¿cómo ha quedado en desierto, cubil de la bestia? Todo el que pase por ella silbará y moverá su mano».

LXX: «Y vosotros, etíopes, seréis heridos por mi espada; y extenderé mi mano sobre el Aquilón y perderé al asirio, y pondré a Nínive en soledad, y sin agua como un desierto. Y pacerán en medio de ella rebaños y todas las bestias de la tierra;

y los camaleones y los erizos se echarán en sus pesebres, y las bestias clamarán en sus cuevas, y los cuervos en sus puertas, porque el cedro es su altura. Esta es la ciudad entregada a los males, que habita en esperanza, que dice en su corazón: Yo soy, y no hay después de mí más; ¿cómo ha quedado en soledad, pasto de las personas? Todo el que pase por ella silbará y moverá sus manos».

Los judíos refieren todo este capítulo y los dos superiores contra los filisteos, Moab y los hijos de Amón, al advenimiento de Cristo, que piensan que ha de venir en la consumación del mundo para edificar Jerusalén y librar a su pueblo de la mano de las naciones por las que son retenidos; y que esto suena a lo que se dice: «Y lo adorarán los varones desde su lugar, todas las islas de las naciones». Y piensan que no solo las naciones superiores, sino también los etíopes y los asirios y Nínive, ciudad de los asirios, han de ser puestos en aquel tiempo en soledad, y que se echarán en ella todas las bestias de la tierra, o como está escrito en el hebreo, «todas las bestias de las naciones»; de donde piensan que se significa sobre todas las naciones que han de subvertir a Nínive. Y porque Nínive se interpreta «hermosa», en el presente lugar refieren lo de hermosa a Babilonia. Y todo lo que sigue: «El onocrotalo y el erizo morarán en sus umbrales», y lo demás, dicen que conviene más a Babilonia, cuya misma soledad se predice en Isaías. Y al contrario otros afirman que manifiestamente se dice del asirio, del cual ya había precedido: «Y extenderá su mano sobre el Aquilón y perderá a Asur, y pondrá a Nínive

en soledad». Pues por asirios se entiende más a Nínive que a Babilonia, que es ciudad de los caldeos. En cuanto a lo que dice: «El onocrotalo y el erizo en sus quicios, y el cuervo en el dintel», son indicios de soledad; y hay dos géneros de onocrotalos: uno acuático y otro de la soledad. Y lo que dice, «voz del que canta en la ventana», o bien se entienden demonios, o las voces de diversas aves que suelen morar en las ciudades desiertas. Además, lo que tanto nosotros como los LXX hemos traducido similarmente: «El cuervo en el dintel», en el hebreo se pone *HAREB*, que según la diversidad de lectura se toma como «sequedad», o «espada», o «cuervo». De donde también Aquila interpretó «espada», otros «sequedad». Y después de la subversión, como insultando a su ruina, habla el sermón profético: «Esta es la ciudad gloriosa que habitaba en confianza, que decía en su corazón: Yo soy, y no hay otra fuera de mí más; ¿cómo ha quedado en desierto, cubil de la bestia?» Todo el que pase por ella silbará y moverá su mano». Según esto que dijimos arriba, o bien habitarán verdaderamente bestias en la ciudad desierta, o ciertamente bajo la figura de las bestias se indica la variedad de muchas naciones. Si alguien preguntara cómo según la historia se refiere esta profecía a los tiempos de Nabucodonosor, habiéndose nombrado también a etíopes y asirios, a quienes los medos y persas nada hicieron, lea las historias y verá que también los asirios y etíopes estuvieron sujetos a los medos, y el reino de Cambises, y la potencia de Ciro, y todo lo que después siguió. Esto se diga al modo judío.

Por lo demás, si notáramos que en todas las Escrituras se llaman etíopes a los que están totalmente sumergidos en los vicios, según aquello que leemos en Jeremías: «Si el etíope puede cambiar su piel» (Jer. 13, 23), habrá esperanza para los etíopes convertidos a lo mejor, de que ninguno que quiera hacer penitencia será ajeno a la salvación. De donde también antes el alma manchada y contaminada con la suciedad de los delitos dice: «Negra soy» (Cant. 1, 4). Y después, al final del Cantar de los cantares, se escribe de la misma ya purgada y lavada por la penitencia: «¿Quién es esta que sube blanqueada?» (Cant. 8, 5). También Moisés, esto es, la Ley espiritual del Señor, tomó por esposa a una etíope de las naciones (Éx. 2); y María, esto es, la sinagoga de los judíos, y Aarón, esto es, el sacerdocio carnal y no según el orden de Melquisedec, murmuran contra la Ley, pero en vano. Pues inmediatamente la sinagoga se cubre de lepra y, arrojada fuera del campamento, cumplido el tiempo, por la oración del mismo Moisés, es reducida al campamento. Pues la mano de Etiopía ya se había anticipado a Dios (Sal. 67). Conmina, pues, ahora el sermón divino a los que, adhiriéndose a los pecados y olvidados en la suciedad de los delitos, no quieren convertirse a lo mejor y lavar el color tenebroso, y les conmina con la espada, de la cual pienso que se escribe también en el Génesis: «Puso querubines y una espada de fuego que daba vueltas para guardar el camino del árbol de la vida». Y en Isaías: «Inducirá una espada grande y santa sobre el dragón, serpiente tortuosa, y lo matará en aquel día» (Is.

27, 1, según LXX). Y dice que han de ser o heridos o muertos por la espada para que, temiendo las penas, imiten a Nínive y hagan penitencia (Jon. 3), y no sufran lo que el Señor conmina. Lo cual ciertamente suena también en la profecía de Jeremías: «Hablaré —dice— sobre la nación y sobre el reino, y los quitaré y los perderé; y si hicieran penitencia, también yo haré penitencia de todos los males que hablé para hacerles» (Jer. 18, 7-8). Y para que sepáis que por eso el Señor conmina ahora a los etíopes con la espada para convertirlos a lo mejor, poco después en este mismo libro introduce sobre los etíopes: «De más allá de los ríos de Etiopía, de allí mis suplicantes, los hijos de mis dispersos, me traerán un don» (Infra 3, 10); o, como se tiene en los LXX: «De los términos de los ríos de Etiopía recibiré a mis dispersos y me ofrecerán hostias».

Después de esto no habla el Señor como arriba, sino el espíritu profético sobre él: «Y extenderá su mano sobre el Aquilón y perderá a Asur» (Jer. 1, 14). El Aquilón del cual escribió Jeremías: «Desde el Aquilón se encenderán los males sobre todos los habitantes de la tierra». Y del cual Salomón hace mención: «El Aquilón, viento duro; pero por nombre se llama derecho» (Prov. 25, 23). Por eso extiende Dios su mano inferidora de suplicios, para que también el Aquilón sienta las penas y estos que están en su tierra, a la cual según Zacarías van los caballos negros de quienes se dice: «En el cual estaban los caballos negros, iban a la tierra del Aquilón» (Zac. 6, 6). And bellamente quien moviera sus pies y se alejara

del Oriente, del cual el mismo profeta dice: «He aquí el varón, Oriente es su nombre» (ibíd., 12), y mirara al Occidente, inmediatamente se dirige al Aquilón, que no es derecho, sino que por nombre se llama derecho. Lo cual ciertamente se entiende también corporalmente, de modo que cualquiera que estuviera en el Oriente y se volviera mirando al Occidente, tenga a la derecha al Aquilón, al que llaman derecho los que se enfriaron por su soplo, el cual solo por nombre es derecho, por lo demás en la realidad y en la obra está más bien a la izquierda. Pero después de que el Señor haya extendido su mano sobre el Aquilón, perderá también a Asur, que se interpreta **euthynōn**, que muchos piensan que se dice «el que dirige», pero es falso: pues **euthynōn** se dice «el que arguye» y «el que convence». Y puesto que el diablo mismo es el enemigo y el vengador, y él mismo sugiere los pecados y después en los pecados arguye a los pecadores, por eso se llama **euthynōn**. A este creo yo que es el príncipe de los asirios, que habita al Aquilón y tiene por metrópoli a Nínive, y dice en Isaías: «Con fortaleza lo haré, y con la sabiduría del entendimiento quitaré los términos de las naciones y devoraré sus fuerzas» (Is. 10, según LXX). Por lo demás, lo que sigue sobre Nínive devastada: «Y pacerán en ella los rebaños y todas las bestias de la tierra, y los camaleones y los erizos se echarán en sus pe-sebres, y las bestias descansarán en sus quicios, y los cuervos en sus ventanas», y lo demás: me parece que debe entenderse según aquello que está escrito o en Jonás o en el profeta Nahúm. Y

en Jonás ciertamente hemos interpretado Nínive, esto es, la «hermosa», que a la predicación de Jonás, esto es, de la «paloma», hizo penitencia, como la Iglesia congregada de las naciones. En Nahúm en cambio templamos el entendimiento sobre el mundo; y sobre el mundo ciertamente no es difícil interpretar y decir que, cuando los etíopes hayan sido heridos por la espada del Señor y haya extendido su mano sobre el Aquilón y haya perdido al asirio príncipe del mundo, también el mundo mismo con su príncipe perezca y sea reducido a la máxima soledad, y no sea miserable para nadie, sino que todos silben ante su ruina y muevan sus manos.

Pero sobre la Iglesia parece a primera vista ser blasfemo que ella haya de ser inaccesible y desierta, y que las bestias habiten en ella, y que después se le diga con insulto: «Esta es la ciudad entregada a los males, que habitaba en esperanza, que decía en su corazón: Yo soy, y no hay fuera de mí más, ¿cómo ha quedado en soledad, pasto de las personas?» Pero quien considere aquel dicho apostólico en el que se dice: «En los últimos tiempos instarán tiempos malísimos, y serán los hombres amadores de sí mismos, avarientos, arrogantes, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, criminales, sin afecto, sin paz, acusadores, destemplados, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, temerarios, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios; teniendo forma de piedad, pero negando la virtud de ella» (2 Tim. 3, 1 sigs.). Así como también esto que está escrito en el Evangelio, de

que multiplicada la iniquidad se enfriará la caridad de muchos, hasta el punto de que en aquel tiempo se cumpla: «Sin embargo, cuando venga el Hijo del hombre, ¿crees que hallará fe sobre la tierra?» (Mt. 24, 12). No se maravillará de la extrema devastación de la Iglesia, de que, reinando el Anticristo, haya de ser reducida a la soledad y entregada a las bestias, y haya de sufrir todo lo que ahora describe el profeta. Pues si Dios por la infidelidad no perdonó a las ramas naturales, sino que las rompió y puso los ríos en desierto y las fuentes de las aguas en sed, la tierra fructífera en salitre por la malicia de sus habitantes. ¿por qué no al contrario a aquellos de quienes había dicho: «Puso el desierto en estanques de aguas y la tierra sin agua en fuentes de aguas, e hizo habitar allí a los hambrientos», y lo demás, y a quienes injertó del acebuche en la raíz de la buena oliva, si inmemores del beneficio se apartaran de su hacedor y adoraran a Asur, los subvierta y los reduzca a la misma sed en la que antes estuvieron? Lo cual, aunque generalmente pueda entenderse en el advenimiento del Anticristo o en el fin del mundo, sin embargo diariamente puede aceptarse en estos que simulan ser de la Iglesia de Dios y lo niegan con las obras, y son olores de la ley y no hacedores. que en vano se jactan de ser hermosos, cuando habitan en ellos los rebaños, a saber, la multitud de los vicios, y los animales brutos que sirven al cuerpo, y todas las bestias de la tierra que devoran sus corazones. y los camaleones que no tienen un solo color, sino que por diversos pecados, ahora por la avaricia, ahora por

la lujuria, ahora por la crueldad, ahora por la libido, ahora por la tristeza, ahora por la exultación, se mudan por momentos. Y los erizos en sus pebres, animal espinoso y lleno de abrojos, y que hiere todo lo que toca. Pero también las bestias se echarán en los agujeros, esto es, en sus corazones, y los cuervos, aves inmundas, en sus puertas, o en la boca o en los oídos, por donde o siempre hablen o oigan males. Después de lo cual se introduce y se dice: por eso la Iglesia ha de sufrir estas cosas, o las ha sufrido, porque se elevó en soberbia y como cedro levantó su cima, entregada a las malas obras y, no obstante, prometiéndose la futura bienaventuranza y en su corazón despreciando a los demás, ni pensando que nadie existiera fuera de ella, y diciendo: «Yo soy, y no hay otra fuera de mí más»; ¿cómo, pues, ha quedado en soledad, pasto de las bestias? Pues donde antes habitaba el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, y sus ángeles presidían los ministerios, entonces habitarán las bestias, de las que también el profeta se lamenta diciendo: «No entregues a las bestias el alma que te confiesa» (Sal. 73, 19). «Todo el que pase por ella silbará y moverá sus manos». Lo cual si lo entendiéramos sobre los ángeles, así lo interpretaremos: cuando los ángeles pasen por ella y no permanezcan en ella como antes solían hacer, se pasmarán y se maravillarán; y no la sostendrán y sustentarán en su caída con su mano, sino que levantarán las manos y pasarán de largo. O ciertamente con silbido levantarán las manos y, como lamentándose al modo de los que lloran, harán ruido. Pero si esto lo quisiéramos aceptar

sobre el diablo y sus ángeles, que también devastaron la viña que había sido trasladada de Egipto, diremos que por el alma de la cual se haya retirado Cristo y que antes había sido templo de Dios y dejó de serlo, pasa la serpiente y silba en ella y vomita los venenos de su malicia; y no solo hace esto, sino que también mueve sus obras que tropológicamente se llaman manos. Y para que no pienses que porque nombramos a la serpiente, entendemos violentamente las manos de la serpiente por la obra, recibe el testimonio de Salomón: «La muerte y la vida están en las manos de la lengua» (Prov. 18, 21). Todo esto hemos dicho como pudimos sirviendo a la interpretación alegórica. Pero si alguien encontrara cosas más verosímiles y que tengan razón que las que por nosotros han sido disertadas, sea llevado el lector más bien por la autoridad de aquel.

(Cap. III.---Vers. 1 sigs.) «Ay de la ciudad provocadora y redimida: la paloma no oyó la voz y no recibió la disciplina; en el Señor no confió, a su Señor [Vulg. Dios] no se acercó. Sus príncipes en medio de ella, como leones rugientes; sus jueces, lobos de la tarde, no dejaban nada para la mañana. Sus profetas, vesánicos, varones infieles; sus sacerdotes contaminaron el santuario, actuaron injustamente contra la ley. El Señor justo en medio de ella no hará iniquidad. Cada mañana dará su juicio en la luz y no se ocultará; pero el inicuo no conoció la confusión. Dispersé a las naciones y sus ángulos fueron disipados; desiertas hice sus vías por el hecho de que no hay quien pase; desoladas están sus ciudades, no quedando

varón ni habitante alguno. Dije: ciertamente me temerás, recibirás la disciplina, y no pereceré su habitáculo por todas las cosas en las que la visité. Sin embargo, levantándose al amanecer, corrompieron todos sus pensamientos».

LXX: «Oh ilustre y redimida ciudad, la paloma no oyó la voz, no recibió la disciplina; en el Señor no confió y a su Señor no se acercará. Sus príncipes en ella como leones rugientes; sus jueces como lobos de Arabia, no dejaban nada para la mañana; sus profetas portadores del espíritu, varones despreciadores; sus sacerdotes contaminan las cosas santas y actúan impiamente contra la ley; pero el Señor justo está en medio de ella y no hará iniquidad. Cada mañana dará su juicio en la luz y no está oculto, y no conoce la iniquidad en la exacción ni para siempre la injusticia; derribé a los soberbios, sus ángulos han sido disipados; destruí sus vías para que totalmente no pasen; desfallecieron sus ciudades por el hecho de que nadie subsistiera ni habitara. Dije: sin embargo me temeréis y recibiréis la disciplina, y no pereceréis de sus ojos en todas las cosas en las que me vengué de ella. Prepárate, levántate al amanecer; perecieron todos sus racimos».

Muchos piensan por la consecuencia del discurso que se dice contra Nínive, de la cual arriba: «Y perderá al asirio y pondrá a Nínive en soledad». Pero nunca la Escritura llamaría paloma a Nínive; aunque en Jeremías, «ante la faz de la espada de la paloma», algunos piensan que se dice de Nabucodonosor (Jer. 15). Pero debe saberse que otros al contrario afirman que

por paloma puede entenderse allí *Helláda*, esto es, Grecia, de modo que el sentido sea «ante la faz de la espada Jonás», esto es, «ante la faz de la espada Grecia»; pues Jonás significa tanto paloma como Grecia. De donde hasta el día de hoy a los griegos se les llama jonios, y el mar se llama jónico, y entre los hebreos permanece su antiguo vocablo. Pero también los príncipes romanos entre las naciones bárbaras, reteniendo el antiguo vocablo, son llamados césares. Todo el discurso es, pues, contra Jerusalén: Ay de la ciudad antes paloma, siempre pecadora y entregada a las cautividades, y de nuevo redimida por el Señor. Ay de la ciudad provocadora: lo cual se dice más significativamente en hebreo *MARA*, esto es, *parapikrainousa*; lo que nosotros podemos decir, haciendo a Dios amargo, esto es, por tu vicio convirtiendo al Señor dulce y clemente en amargura, para que aquel que quiere tener misericordia se vea obligado a castigar. No oyó el precepto del Señor y, corregida, no quiso recibir la disciplina; ni ante los males que la oprimían confió nunca en el Señor su Dios; ni caminó tras su espalda; ni diciendo él: «Yo soy un Señor que se acerca y no desde lejos» (Jer. 23, 23), ella quiso acercarse a él. Se describen también sus príncipes, y jueces, y profetas, y sacerdotes, para que en la ciudad entendamos al pueblo, y en esos nombres de dignidades que dije, a los príncipes. Sus príncipes, pues, como leones siempre andaban en las presas y en derramar la sangre de los súbditos; sus jueces rapaces, no dejando a otros lo que puedan arrebatarse. Sus profetas dementes, o

pasmados, lo cual se dice en hebreo *PHOEZIM*, y Aquila tradujo *thambeutai*, hablaban como de la boca del Señor y predicaban todo contra el Señor. Los sacerdotes en el lugar del santuario cometieron sacrilegio y, actuando contra la ley, de la ley ofrecían las víctimas. Por eso, porque aquellos actuaron injustamente, el Señor justo no hará iniquidad, sino que restituirá a la ciudad pésima lo que merece. Cada mañana, esto es, manifiestamente y sin ambigüedad alguna, hará juicio de ella, ni habrá nada que pueda ocultarse de él. Y esto hará el Señor para que la ciudad corregida se convierta a lo mejor. Pero el inicuo Israel no conoció su confusión, ni entendió que las plagas le habían sido inferidas por eso, para que hiciera penitencia. Te vengué —dice después— de las naciones, y destruí los imperios de ellas, para que tú, que por las plagas no me habías sentido, al menos por los beneficios me conocieras. O ciertamente debe entenderse así: dispersé todas tus ciudades, oh Judá, y todos los pagos y tribus sujetos a ti y los diversos confines, y fue tan grande la vastedad de hombres que no hubo quien habitara en tus ciudades; y después de que hice esto, envié a mis profetas levantándome al amanecer y provocando a la penitencia, y dije: Ciertamente te hice esto, oh Jerusalén, pero lo hice para que me temieras y recibieras la disciplina, y no perecerá tu habitáculo, esto es, el templo, por todos los crímenes que habías cometido. Pero al contrario, los habitantes de Jerusalén, provocándoles yo a la penitencia, como de industria y por porfía se levantaron al amanecer para que, con la prisa con

que debieran haber vuelto a mí, cumplieran todos sus pensamientos y demostraran con la obra lo que habían concebido en la mente. Esto según el hebreo.

Por lo demás, la ilustre y redimida ciudad por la sangre de Cristo, según lo anterior, claramente se entiende la Iglesia, que también es llamada paloma por la simplicidad de la multitud de los creentes en ella. Esta no oyó la voz del Señor ni quiso recibir la disciplina, ni confió en el Señor, porque no quiso acercarse al Señor su Dios para merecer el perdón de los pecados. Pues en vano dice uno que oye la voz del Señor su Dios y que confía en el Señor, cuando con las obras destruye la fe y se une más a Mammón que al Señor su Dios, y accede a él con doble corazón, y cree que puede militar para dos señores, para el mundo y para Dios. Sus príncipes son como leones rugientes. No dudamos del rugido de los leones y de su correría cuando vemos a sus príncipes tronar así contra los pueblos súbditos y, con voz tiránica y rabiosos ultrajes, quebrantar a la plebe, de modo que no pienses que es un pastor en el rebaño, sino un león entre las ovejitas el que rechina los dientes. Sus jueces también como lobos de Arabia, matando por la tarde y no dejando nada para la mañana; no mirando al orto del sol, sino permaneciendo siempre en las tinieblas y convirtiendo las posesioncitas de la Iglesia y lo que se ofrece en los dones de Dios en lucro suyo, para que los pobres no tengan qué comer por la mañana, los cuales como en la noche y no viéndolo nadie lo asolan todo; y como al modo

de los lobos lo saqueen todo, ni siquiera dejan pequeños alimentos a los indigentes. Los profetas también, esto es, los maestros que piensan que enseñan a los pueblos y sermonean sobre las Escrituras, *pneumatophoroi*, esto es, portadores del espíritu o espirituales (y esto debe leerse irónicamente), son varones despreciadores; pues no conviene enseñar sino hacer en la Iglesia, no destruir las palabras con los hechos. Por lo demás, tú, cuando enseñas a otro y tú mismo no lo haces, no has de ser llamado tanto doctor como despreciador, de quien también se escribe en Habacuc: «Mirad, despreciadores, y observad, y maravillaos de las maravillas, y pereced» (Hab. 1, 5). Los sacerdotes también que sirven a la Eucaristía y dividen la sangre del Señor a sus pueblos, actúan impiamente contra la ley de Cristo, pensando que la Eucaristía se hace por las palabras del que implora, no por su vida, y que es necesaria solo la oración solemne y no los méritos de los sacerdotes, de quienes se dice: «Y el sacerdote en el que hubiera mancha no accederá a ofrecer oblaciones al Señor» (Lev. 21, según LXX). Haciendo estas cosas los príncipes, jueces, profetas y sacerdotes de Jerusalén, no obstante es clemente y justo el Señor. Clemente en el hecho de que no se retira de su Iglesia; justo en el hecho de que devuelve a cada uno lo que merece. Pues después de que llegue la mañana y la noche de este siglo haya pasado, dará en la luz su juicio y no se ocultará ni él ni su juicio. And cuando comience a exigir de cada uno el dinero que les había encomendado, no será injusto ni hará que valga para siempre la

injusticia, sino que a los soberbios príncipes, a quienes Dios resiste, los derribará de sus cátedras y de la cumbre que tenían, y se disiparán sus ángulos, esto es, las depravadas voluntades y los que se desvían del recto camino, en los cuales siempre los fariseos solían orar, despreciada la piedra angular. Pienso, además, que incluso a los soberbios les aprovecha ser derribados de su arrogancia y que sean disipados sus callejones y ángulos, para que después caminen por el camino recto. Finalmente sigue: «Y desiertas haré sus vías por el hecho de que no haya quien pase», según aquello que está escrito en el primer salmo: «Y el camino de los impíos perecerá» (Sal. 1, 6). Así como también en Oseas, donde se dice de Jerusalén fornicaria: «He aquí que yo cerraré sus caminos con espinas y obstruiré sus senderos, y no hallará su senda, y perseguirá a sus amantes y no los alcanzará, y los buscará y no los hallará; y dirá: iré y volveré a mi primer marido, porque me iba bien entonces más que ahora» (Os. 2, 6-7). Advierte que si no hubieran sido cerradas las vías y obstruidos los senderos, y si el Señor no hubiera destruido sus caminos, nunca habría podido decir el alma fornicaria: «Iré y volveré a mi primer marido». Se disipan, pues, los senderos de los soberbios y sus ángulos para que no caminen en soberbia y en depravación, y sus ciudades que mal habían sido edificadas en arrogancia y soberbia son destruidas para que no subsistan y tengan habitantes pésimos. And para que nadie piense que hacemos violencia a la Escritura, aprenda de lo que sigue: «Esto —dice— hice para decirles:

He aquí destruidos los senderos de la malicia, por lo demás temedme y aprended [Al. recibid] la disciplina, no sea que también mi disciplina perezca no hallando en vosotros fruto de conversión; y todo sea irritante por lo cual quise corregiros, y pueda adaptárseos aquel sermón que está escrito en Jeremías: Sin causa herí a vuestros hijos, no recibisteis la disciplina» (Jer. 2, 30). O ciertamente: temedme y recibid la disciplina para que no perezca todo de la vista de Jerusalén, ni sea totalmente conducida a la soledad sobre estos males en los que [Al. por los que] la conminé. Ni mueva a nadie (como ya dije a menudo) el que interprete estas cosas como dichas contra la Iglesia, sabiendo que Jerusalén en las sagradas Escrituras siempre tiene tipo de Iglesia; de la cual quien peque, o es llevado a Babilonia o, si quisiera descender espontáneamente, es herido por los ladrones en Jericó. Pues ¿qué es tan ilustre como la Iglesia, que está fundada en todo el orbe? ¿Tan redimida por la sangre de Cristo y paloma por la gracia del Espíritu Santo como la Iglesia congregada de las naciones? En la cual muchísimos que dicen creer en Cristo ni oyeron su voz, ni recibieron la disciplina, ni quisieron estar junto a él. En cuanto a lo que se dice: «Sus príncipes en ella como leones rugientes», sé que he de ofender a muchísimos porque interprete esto sobre los obispos y presbíteros, siendo que también los presbíteros malos que quisieron violar a Susana no condenan a los demás presbíteros que vivieron bien. Y los malos príncipes que describe el sermón profético no son ultrajes para los buenos príncipes: «Pues

azotado el necio, el insipiente será más sabio» (Prov. 19, 15); pero si el insipiente se hace más sabio, ¿cuánto más aquel que es sabio? Pero sus jueces y príncipes recibiendo dones y vendiendo la justicia, ¿no son rectamente llamados lobos de Arabia o vespertinos, como tradujo Símaco? Pues no merecen ser llamados lobos de Benjamín, que por la mañana arrebatan y por la tarde dan el alimento (Gén. 49), sino lobos vespertinos, que comen por las noches y por la mañana no dejan nada. Pero lo que sigue: «Sus profetas *pneumatophoroi*, esto es, portadores del espíritu, varones despreciadores», a ninguno mueva que interpretando sobre los doctores, a los mismos llamemos tanto profetas como despreciadores, siendo que también el Apóstol manda: «No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios en el que fuisteis sellados en el día de la redención» (Ef. 4, 30). Y David habla en el salmo quincuagésimo: «Tu Espíritu Santo no quites de mí» (Sal. 50, 13). Pues si el Espíritu Santo contristado no soliera huir antes del hospedaje y dejar su habitáculo, nunca también Pablo habría mandado lo que dije arriba; y David después del adulterio temería perder lo que había recibido, de lo cual también se escribe a los hebreos: «¿Cuánto más pensáis que merece peores suplicios aquel que pisoteó al Hijo de Dios y tuvo por inmunda la sangre del testamento en la que fue santificado, e hizo contumelia al espíritu de la gracia?» (Heb. 10, 29). Pero también en el tercer libro de los Reyes está escrito: un hombre de Dios, sin duda que profeta, que había dicho al altar en Samaria: «Altar, altar,

esto dice el Señor: He aquí nacerá un hijo a la casa de David» (1 Rey. 13, 2) y lo demás; porque despreció las palabras del Señor y comió en casa de un pseudoprofeta (pues así explicando este lugar lo interpretó Josefo), fue muerto por un león. Y para que no se pensara que fue casualidad y no juicio del Señor, incluso el pseudoprofeta que lo había engañado predijo que esto habría de ser, y el mismo león castigando al despreciador reservó al asno. No es, pues, de extrañar si los doctores que habían estado llenos del Espíritu Santo pueden hacerse despreciadores, siendo que entre los negligentes y que no guardan su corazón con toda custodia suele frecuentemente existir esta misma causa de soberbia contra el Señor y de desprecio, el que tengan la ciencia de Dios y hayan conocido su mucha bondad que oculta a los que le temen, y desprecien las riquezas de su bondad atesorándose ira para el día de la ira y de la revelación. Los sacerdotes también (que dan el bautismo y para la Eucaristía del Señor imploran su venida; hacen el óleo del crisma; imponen las manos; instruyen a los catecúmenos; constituyen a los levitas y a otros sacerdotes) no se indignen tanto con nosotros explicando estas cosas y con los profetas vaticinando, cuanto deprequen al Señor y actúen estudiosamente para no merecer ser de los sacerdotes que violan las cosas santas del Señor. Pues no la dignidad y los nombres de las dignidades, sino la obra de la dignidad suele salvar tanto a los príncipes, como a los jueces, como a los profetas, como a los sacerdotes: «El que desea el episcopado —dice—, buena obra desea» (1 Tim. 3). Ved

lo que dijo: «buena obra desea», la obra, no la dignidad. Pero si, despreciada la obra, solo mirara a la dignidad, pronto cae la torre en Siloé y los excelsos cedros son heridos por el rayo, y el erguido cuello se rompe, y el cisne, con el cuello extendido y tendiéndose a lo sublime, es contado entre las aves inmundas. Por lo demás, lo que explicamos según el hebreo: «Sin embargo, levantándose al amanecer corrompieron todos sus pensamientos», por lo cual en los Setenta se escribe: «prepárate, levántate al amanecer, disipada ha sido toda su frondosidad», porque mucho discrepa del hebreo y parece más concordar según los LXX con lo posterior, lo explicaremos en lo siguiente.

(Vers. 8, 9.) «Por lo cual espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección en el futuro: porque mi juicio es congregar a las naciones y reunir a los reinos para derramar sobre ellos mi indignación, toda la ira de mi furor; pues en el fuego de mi celo será devorada toda la tierra; porque entonces devolveré a los pueblos un labio elegido para que invoquen todos el nombre del Señor y le sirvan con un solo hombro».

LXX: «Por tanto espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección para testimonio: porque mi juicio es en las congregaciones de las naciones para recibir a los reyes, para derramar sobre ellos toda mi ira, la ira de mi furor; porque en el fuego de mi celo se consumirá toda la tierra, porque entonces convertiré sobre los pueblos la lengua para su generación, para que invoquen todos el nombre del Señor, para que le sirvan bajo un solo yugo».

Estas cosas los judíos las interpretan en el advenimiento de Cristo, que esperan que ha de venir, y dicen que, congregadas todas las naciones y derramado sobre ellas el furor del Señor, la tierra ha de ser devorada en el fuego de su celo. Y que, así como fue antes de la edificación de la torre, cuando todos los pueblos hablaban una sola lengua, así, convertidos todos al culto del verdadero Dios, hablarán en hebreo y todo el orbe servirá al Señor. Nosotros, en cambio, que no seguimos la letra que mata sino el espíritu que vivifica, ni las fábulas judáicas, oímos del Señor: «Prepárate, levántate al amanecer: disipados han sido todos sus racimos»; y preparados decimos: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi corazón» (Sal. 56, 8). Y oímos lo mandado en los Proverbios: «Prepara en la salida tus obras» (Prov. 24, 27). Y aquello que en el Levítico (Cap. 16) se dice sagradamente, donde en el séptimo mes, en el décimo día del mes ofrece Aarón por el pueblo el macho cabrío emisario y viviente, y poniendo las manos sobre su cabeza, implora sobre él todos los pecados del pueblo de Israel, y lo entrega en manos de un hombre preparado, y lo envía al desierto (lo entendemos en nosotros) y preparándonos por el mando del verdadero sacerdote, quitamos el mal de en medio de la Iglesia. Y cuando hayamos hecho esto, la noche pasa, el día se acerca y, como caminando honestamente en el día, decimos: «Dios, Dios mío, para ti vigilo desde la luz» (Sal. 62, 1). E inmediatamente introducimos: «A la mañana oirás mi oración, a la mañana asistiré ante ti y veré» (Sal.

5, 4-5). Pues si no hubiéramos estado preparados, no nos nacería el sol de justicia. Pero nacido el sol, todos los racimos de la viña de Sodoma se disipan y perecen, para que no solo los grandes racimos sino incluso lo que parecía pequeño en nosotros, irradiando la lámpara de Cristo, perezca. Y por todas estas cosas prometiéndonos Dios una recompensa, dice: «Espérame en el día de mi resurrección para testimonio»; pues después de los vicios y pecados Dios resucitará en nosotros. Y según lo que en otro lugar manda: «Sed para mí testigos y yo soy testigo, dice el Señor Dios: y el siervo a quien elegí» (Is. 43, 10): testigo es para nosotros el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo, para que en la boca de dos o tres testigos conste toda palabra (Deut. 17). Y más me parece que la sentencia consta así, y la verdad se confirma bajo estos tres testigos, que según la letra. Pues dos fueron los testigos contra Susana (Dan. 13) y contra el mismo Señor Salvador (Mt. 26), y sin embargo no constó la palabra en la boca de ellos. Contra Nabot también casi toda la ciudad dijo testimonio, y el consenso de los peores testigos no tuvo la firmeza de la verdad sino la conjuración del crimen (1 Rey. 21). Porque dice: Mi juicio es en las congregaciones de las naciones para recibir a los reyes, en el lugar por supuesto de sus suplicios, para derramar sobre ellos mi ira, toda la ira de mi furor. El que es menor, pronto merece el perdón y está más próximo a la misericordia: «Pero los potentes potentemente sufrirán tormentos» (Sab. 6, 6). De donde las naciones y la multitud de las naciones se congrega para

el juicio; pero los reyes, esto es, los príncipes de los dogmas perversos serán conducidos a la pena para que se derrame sobre ellos toda la ira del furor del Señor. And esto no se hace con crueldad alguna, como piensan los sanguinarios judíos, sino con misericordia y por consejo del que cura. Pues sigue: «Pues en el fuego de mi cielo se consumirá toda la tierra». Congregadas ciertamente las naciones para el juicio y los reyes para el suplicio para que se derrame sobre ellos la ira, y no en parte sino toda, y asociada la ira y el furor, se consuma en todo el orbe lo que sea terreno, lo que pertenezca a las obras de la tierra, esto es, de la carne: devorará el incendio de mi cielo, asolando todos sus abrojos y matorrales espinosos. And entonces convertiré sobre los pueblos la lengua para su generación, para que cada uno, depuesto el error, vuelva al antiguo elocutio de la confesión del Señor: y en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los celestiales, terrestres e infernales, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Fil. 2, 10). And arrojados los ladrillos y el betún que teníamos por piedras y lodo, con los cuales edificábamos la soberbia de nuestro error contra el Señor, recibamos la lengua que antes perdimos y estemos bajo el yugo de Cristo, que dice: «Mi yugo es suave y mi carga es ligera» (Mt. 11, 30). Pero debe notarse que en aquel lugar donde nosotros interpretamos: «devolveré a los pueblos un labio elegido», por elegido, los Setenta dijeron «para su generación», para que se sobrentienda «de la tierra». And de aquí nació el error de que la palabra hebrea

BARURA, que Aquila y Teodoción interpretaron «elegido» y Símaco «limpio», los Setenta leyeron *BADURA*, pensando que la letra *RESH* era *DALETH*, por la demasiada similitud del elemento, que se distingue por un pequeño ápice. Así como donde nosotros tradujimos «En el día de mi resurrección en el futuro», y todos interpretaron «para testimonio». El hebreo que me instruyó en las Escrituras afirmaba que *LAED* en el presente lugar más bien debe entenderse como *eis éti*, esto es, «en el futuro», que como «para testimonio»; pues *ED* ciertamente, que se escribe por las letras *AYIN* y *DALETH*, se entiende como *éti* y *martyrion*, esto es, «futuro» y «testimonio». Podemos exponer este lugar también sobre el primer advenimiento de Cristo, cuando, quitado todo error y pisoteados los demonios y destruidas las obras terrenas, los apóstoles hablaron en todas las lenguas (Hech. 2) y, quitado el antiguo error, fue devuelto un solo labio de confesión. Pero también los reyes que son destruidos y son consumidos por el ardor divino han de ser sentidos como los príncipes de los dogmas perversos.

(Vers. 10 sigs.) «De más allá de los ríos de Etiopía, de allí mis suplicantes, los hijos [Al. hija] de mis dispersos, me traerán un don. En aquel día no te confundirás sobre todas tus invenciones con las que prevaricaste contra mí; porque entonces quitaré de en medio de ti a los que hablan grandezas de tu soberbia, y no añadirás a ensalzarte más en mi monte santo; y dejaré en medio de ti un pueblo pobre y necesitado, y esperarán en el

nombre del Señor. Las reliquias de Israel no harán iniquidad ni hablarán mentira, y no se hallará en su boca lengua engañosa; porque ellos pacerán y se echarán, y no habrá quien los aterre».

LXX: «De los términos de los ríos de Etiopía recibiré a mis dispersos: me traerán víctimas. En aquel día no te confundirás por todas tus invenciones con las que actuaste impiamente contra mí, porque entonces quitaré de ti la detracción de tu contumelia, y ya no añadirás a engrandecerte sobre mi monte santo; y dejaré en ti un pueblo manso y humilde, y reverenciarán el nombre del Señor los que fueron las reliquias de Israel, y no harán iniquidad y no hablarán vanidades, y no se hallará en su boca lengua engañosa; porque ellos pacerán y se echarán, y no habrá quien los aterre».

Cuando el Señor haya devuelto a los pueblos de los creyentes el labio elegido, e invoquen todos el nombre del Señor y lleven su yugo, entonces también de más allá de los ríos de Etiopía (de donde vino la reina de Saba a oír la sabiduría de Salomón (1 Rey. 10)) traerán víctimas al Señor: «And Etiopía anticipará sus manos a Dios» (Sal. 67, 32); y con el verdadero legislador, que con diez plagas hirió a Egipto (Éx. 2), se casará la etíope, envidiando la sinagoga de los hebreos. En cuanto a lo que dice según el hebreo: «De allí mis suplicantes la hija de mis dispersos me traerán un don», es de este modo: Oh Israel, oh sinagoga antes hija, a la que dispersé en todo el orbe, aunque envidies, aunque te atormentes por la emulación, sin embargo de Etiopía se me traerán víctimas,

esto es, del pueblo de los gentiles. En aquel día, esto es, cuando haya creído la multitud de los gentiles, tampoco tú te confundirás totalmente sobre todos tus errores con los que prevaricaste contra mí, eligiendo a Barrabás y crucificando al Hijo de Dios (Juan 6). Entonces quitaré de en medio de ti a los escribas, y a los sacerdotes y a los fariseos, los que hablan grandezas de tu soberbia, y de ningún modo te jactarás más en mi monte santo; sino que tendrás un pueblo pobre, hombres iliterados y pescadores, que esperarán en el nombre del Señor. Las reliquias de Israel, no la multitud que clamó: «Crucifícalo, crucifícalo» (Juan 19, 6); no los pontífices y los próceres; sino las reliquias de ningún modo harán iniquidad ni hablarán mentira en Cristo, creyendo a la verdad; ni se hallará en su boca lengua engañosa, sabiendo que toda mentira es del diablo (Juan 8); porque ellos pacerán y dirán: «El Señor me pastorea y nada me faltará; en lugar de pasto allí me colocó." Sobre el agua de la refección me educó, convirtió mi alma» (Sal. 22, 1); y no habrá quien los aterre, venciendo la fe de los creyentes la soberbia de los perseguidores.

Esto se entienda sobre el primer advenimiento de Cristo, lo cual los judíos se prometen para el fin y esperan que han de habitar en Jerusalén, y al modo de los ganados han de ser colmados de dones corporales y de las riquezas de Judá y ser apacentados con hierbas verdes, y que, borradas todas las naciones y sujetas a ellos, nadie puede quedar que los aterre. Nosotros, en cambio, recibiendo de esta fábula la ocasión de la verdadera

historia, decimos que toda la negrura del alma y el color fétido, y el veneno del dragón con que habíamos sido teñidos por los vicios y los pecados, devuelto a nosotros el labio elegido, o limpio y cándido (como interpretó Símaco), dejamos en los ríos de Etiopía a los maestros de los dogmas perversos por los que antes éramos irrigados, y con el antes disperso Israel traeremos dones a Cristo. En aquel día en que nos haya nacido la luz de Cristo, se dirá a cada uno de nosotros: no te confundirás por todas tus invenciones, a saber, los pensamientos pésimos con los que actuábamos impiamente contra el Señor, y se quitará toda la soberbia y la contumelia por la que nos erigíamos contra el Señor y contra su monte santo, nuestro Señor y Salvador. y en lugar de los nombres soberbios y vanos se dejará en nosotros un pueblo manso y humilde, para que nada arrogante, nada hinchado, nada que a Dios desagrade, pensemos. Y al mismo tiempo considera que en el día del juicio y en la consumación del mundo se quitan todos los nombres de las dignidades, y un solo pueblo queda, y un rebaño bajo el buen pastor, que sea manso y humilde. Entonces también el pueblo de Israel, entrando la plenitud de las naciones (porque concluyó Dios a todos bajo el pecado para que de todos se compadezca (Rom. 11, 32)), temerán el nombre del Señor. Y las reliquias de Israel no harán más iniquidad por la que negaron al Señor, ni hablarán vanidades, prometiéndose ineptas fábulas; ni se hallará en su boca lengua de mentira, hablando Cristo por ellos, que es la verdad. Pues entonces pacerán,

también ellos en un solo rebaño, y se echarán en la Iglesia y no temerán los ímpetus del verdadero Nabucodonosor. Viendo y leyendo tan grandes misterios, clamemos con el Apóstol y digamos: «Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán inescrutables son tus juicios e investigables tus caminos» (Rom. 11, 33). Lo cual ciertamente el profeta también sintiendo y revolviendo consigo, sospecha sobre los juicios de Dios. «En la noche con mi corazón me ejercitaba y barría mi espíritu», y decía: «¿Acaso para siempre desechará Dios, o no añadirá que se compadezca más? ¿O contendrá en su ira sus misericordias?» y dije: «Ahora comencé: esta es la mutación de la diestra del Excelso» (Sal. 76, 7 sigs.). Y es el sentido: esto que yo pensaba que el Señor abandonaba para siempre a los pecadores y cohibía sus misericordias al suceder la ira, entendí que por eso se hizo, para que con la mutación de su diestra, que es la diestra del Excelso, lo cambiara todo y se compadeciera de estos a los que antes había arrojado. Y nosotros, pues, y las reliquias de Israel, sabiendo que hemos de dar cuenta por toda palabra ociosa (Mt. 12) y que dispersará el Señor todos los labios mentirosos, no hablemos vanidad. «Vanidad de vanidades y todo vanidad» (Ecl. 1, 2). Y: «Toda vanidad todo hombre viviente» (Sal. 38). Ni profiramos mentira por nuestra boca; sino que, aceptada la potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre toda la virtud del enemigo (Lc. 10), ninguna pavor temamos ni temamos las insidias de los lobos, siendo Cristo el custodio; sino digamos:

«El Señor es mi iluminación y mi salvador; ¿a quién temeré?» (Sal. 26, 1) y lo demás que se contiene en el salmo vigésimo sexto.

(Vers. 14 sigs.) «Alaba, hija de Sión; jubila [Vulg. jubilad], Israel; alégrate y salta de gozo de todo corazón, hija de Jerusalén. Quitó el Señor tu juicio, apartó a tus enemigos: el rey de Israel, el Señor, en medio de ti, no temerás más el mal. En aquel día se dirá: Jerusalén, no temas; Sión, no se disuelvan tus manos. El Señor tu Dios en medio de ti, el fuerte él mismo salvará; se gozará sobre ti en alegría, callará en tu [Vulg. su] dilección, saltará de gozo sobre ti en la alabanza. A las naderías que se apartaron de la ley, las congregaré, porque eran de ti; para que no tengas más sobre ellas oprobio».

LXX: «Gózate, hija de Sión; predica, hija de Jerusalén; salta de gozo y deléitate de todo tu corazón, hija de Jerusalén. Quitó el Señor tus iniquidades, te redimió de la mano de tus enemigos; el rey de Israel, el Señor, en medio de ti: no verás más males. En aquel tiempo, dice el Señor a Jerusalén: confía, Sión, no se disuelvan tus manos. El Señor tu Dios en ti fuerte te salvará; traerá sobre ti la alegría y te renovará en su caridad, y se alegrará en ti 728 en la delectación, como en día solemne: congregaré a tus quebrantados. Ay del que recibió sobre ella el oprobio».

No parezca extraño, como a menudo dijimos, que los capítulos hebreos y los LXX griegos y latinos se acaben de otro modo. Pues donde en el sentido es diversa la traducción, allí es necesario que sean diversos o los principios o los fines.

Los judíos con el Cristo que piensan que ha de venir se prometen todas estas cosas, las cuales nosotros que recibimos a Cristo ya con él mismo las hemos conseguido todas. Si, pues, alguno de los cristianos, y máxime de los nuevos prudentes cuyos nombres callo para no parecer que hiero a nadie, estima que aún no se ha cumplido la profecía, sepa que falsamente lleva el nombre de Cristo y que, teniendo alma judía, solo no tiene la circuncisión del cuerpo. Pues si estas cosas aún no se han hecho sino que son futuras, en vano creímos el advenimiento del Salvador; en vano, por no creer, entendemos que se ha cumplido en nosotros el misterio que en los tiempos eternos estuvo callado y ahora ha sido manifestado por las Escrituras proféticas y el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo (Col. 1). Finalmente consideremos el orden de la lectura y veremos que lo que se dice no pertenece a los judíos sino a la Iglesia de Cristo. Pues tras esto que había precedido («Mi juicio es en las congregaciones de las naciones para recibir a los reyes», hasta aquel lugar donde dice: «Para que invoquen todos el nombre del Señor y le sirvan bajo un solo yugo»; y, «más allá de los ríos de Etiopía recibiré en mis dispersos a los que me traerán víctimas»; y tras las reliquias del pueblo de Israel creyentes en Cristo y salvadas, de las que se dice: «Y temerán el nombre del Señor los que son las reliquias de Israel, y no habrá quien los aterre»). El Espíritu Santo predicando sobre la consumación general del mundo habla: «Gózate, hija de Sión; predica, hija de Jerusalén; alégrate y deléitate de todo tu

corazón, hija de Jerusalén». Ciertamente toda alma eclesiástica que está constituida en la atalaya y contempla la paz, se alegra y se goza de que las iniquidades le hayan sido quitadas y redimidas por aquel que con su preciosa sangre redimió a todos. «Pues Cristo se hizo para nosotros sabiduría de parte de Dios, y justicia, y santificación, y redención» (1 Cor. 1, 30). Y nos redimió el rey de Israel que habita en medio de nosotros, diciendo: «Yo y mi Padre vendremos y haremos mansión junto a él» (Juan 14, 23); y «habitaré e inambularé en ellos» (Lev. 26, 12): 729 y no veremos más males, pensando y haciendo solo virtudes. En aquel día, dice el Señor, viéndonos nosotros la paz y puestos en lo sublime, no se disuelvan tus manos, quien también por Isaías dijo: «Confortaos, manos disueltas, y sean robustas tus obras» (Is. 35, 3). Pues el Señor fuerte a quien nadie puede resistir, tu salvador, él mismo te devolverá la alegría que perdiste y, arrojado el hombre viejo, te hará caminar en el nuevo, y esto hará en su dilección: no por tu mérito sino por su misericordia. Y se alegrará en ti y se deleitará, como recibiendo tu salvación como la más pingüe hostia de tu solemnidad; y él mismo te dirá: congregaré a tus contritos: «Pues al corazón contrito y humillado Dios no despreciará» (Sal. 50, 19); y, «la caña cascada no quebrará» (Is. 42). Esto ínterin si quisiéramos aceptarlo sobre el segundo advenimiento del Salvador. Por lo demás, porque el profeta Zacarías exhorta a una alegría similar a Sión y a Jerusalén, y Mateo dice que esta misma profecía se cumplió en el primer advenimiento

de Cristo (Mt. 21), por necesidad nos vemos obligados, más bien por el orden mismo de la verdad somos llevados a que lo que se dice en Sofonías no se ha de esperar como futuro sino como hecho. Pues está escrito en Zacarías: «Gózate vehementemente, hija de Sión; predica, hija de Jerusalén: he aquí tu rey viene a ti justo y salvador; él mismo humilde y ascendiendo sobre un animal de carga [Al. subjugal] y un pollino nuevo» (Zac. 9, 9). Esto se diga según los Setenta.

Por lo demás, según el hebreo, se manda alabar a la Iglesia y jubilar a Israel, viendo a Dios con el sentido, y saltar de gozo y alegrarse en todo corazón el lugar de la paz al cual se dijo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo» (Juan 14, 27). Pues quitó en el fin y en la consumación del mundo su juicio, de ningún modo juzgándola y corrigiéndola sino salvándola; y apartó a sus enemigos, las turbas de los demonios. El rey de Israel, el Señor, estará en medio de ella: no temerá más el mal. En aquel día se dirá a Jerusalén libre: no la que sirve con sus hijos sino la que es madre de los santos (Gál. 4): No temas, Sión (ella 730 ciertamente es también Jerusalén), de ningún modo tus obras se disolverán; ni harás lo que te dolerás de haber hecho. El Señor tu Dios que te salvará, fuerte y potente, él mismo habitará en medio de ti, se gozará sobre ti en exultación y alegría, y callará tus pecados en la caridad [Al. en la paz] con que te amó; y saltará de gozo sobre ti en la alabanza, o porque seas laudable o porque cantes con tus alabanzas. «A las naderías», o como interpretó Aquila, «a los trasladados», que se apartaron de ti, los congregaré

porque eran de ti, esto es, estos que por los vicios y pecados habían huido de tu seno y se habían hecho bajo la potestad de los demonios, reintegrado el estado de todos, vendrán a ti y de ningún modo padecerás más oprobios sobre tus hijos perdidos. Eso que dijimos «naderías» (*nugas*), sepamos que en hebreo es el mismo vocablo latino, y por eso fue puesto por nosotros así como estaba en hebreo: para que podamos conocer que la lengua hebrea es la matriz de todas las lenguas, lo cual no es para este tiempo disertar. Me maravillo, en cambio, de Aquila y de los Setenta, por lo que nosotros interpretamos «eran», a saber en aquel lugar donde dijimos: «Congregaré porque eran de ti»; por «eran», quisieron interpretar «ay», o *oí*; lo cual siempre Aquila pone no para lamentarse sino para vociferar e inclamar; pues *HAJA* ciertamente, de cuyo verbo el principio es «sum», significa el tiempo pretérito en número plural, «eran» o «habían sido». Estas cosas sé que son molestas para el lector, el cual si advirtiera que no escribo controversias ni declamaciones ni salto de gozo en lugares comunes, sino Comentarios, y Comentarios de profetas, reprenderá más bien si en algún lugar quisiera jugar al modo de los retóricos que argüirá en tantas oscuridades como es digno de quien en ellas mora.

(Vers. 19, 20.) «He aquí que yo mataré a todos los que te afligieron en aquel tiempo; y salvaré a la que cojea, y a la que había sido arrojada la congregaré; y los pondré en alabanza y en nombre en toda la tierra de su confusión. En aquel tiempo en que os introduzca; y en el tiempo en que os con-

gregaré; pues os daré en nombre y en alabanza a todos los pueblos de la tierra, 731 cuando haya convertido vuestra cautividad ante vuestros ojos, dice el Señor».

LXX: «He aquí que yo haré en ti, por ti, en aquel tiempo, y salvaré a la oprimida, y a la rechazada recibiré, y los pondré en gloria y nombrados en toda la tierra. Y se confundirán en aquel tiempo, cuando os haya hecho bien; y en el tiempo cuando os haya recibido, porque os daré nombrados y en gloria en todos los pueblos de la tierra; cuando haya convertido vuestra cautividad ante vosotros, dice el Señor».

Y esto la sinagoga que no cojea, sino que está truncada de ambos pies, se lo promete a sí misma en el advenimiento de su Cristo que espera que ha de venir; y piensa que todas las naciones han de ser muertas por el Señor, las cuales afligieron a Israel, y que ha de ser salvada la sinagoga, y que la que había recibido el libelo de repudio ha de ser recogida, y que han de ser puestos en alabanza en nombre en toda la tierra de su cautividad en la que antes habían sido confundidos. Y que esto ha de hacerse en el tiempo en que la cautividad haya sido reducida a Jerusalén, y edificado el templo, y servido el resto del orden de las ceremonias. Estas cosas se promete a sí misma y por eso no hace penitencia, y mientras espera cosas inciertas, pierde la cierta salvación. Ni me maravillo de que la sinagoga diga estas cosas, la cual porque no recibe a Cristo, le duelen los ojos y con Lía tiene legañas, y no es amada por Jacob y, sucediendo Raquel, es descuidada (Gén. 29). De

los cristianos me maravillo, más bien de los semi-judíos, que les parece estar en la Iglesia, que digan así y profesen esas cosas, las cuales si son verdaderas, en vano creímos en Cristo y todo nuestro sacramento se quita, y somos más miserables que todos los hombres creyendo que ha venido el que no vino. Pero porque nuestra esperanza es cierta y los votos de los judíos son vanos, según la anterior inteligencia tejamos ya el presente y último capítulo, y de Jesús hijo de Sirac profirmamos el testimonio: «Quien arroja una piedra a lo alto, sobre su propia cabeza la arroja» (Ecl. 23). Pues porque Sión y Jerusalén están puestas en lo alto, cualquiera que detrae de Sión y de Jerusalén y arroja contra ella piedras de ultrajes, en su propia cabeza las lanza, y volverá su oprobio sobre su propia cabeza: «Y su dolor e iniquidad sobre su vértice descenderá» (Sal. 7, 17). Cuántos hoy ultrajan al alma 732 que sigue los misterios de Dios y que quiere ver su paz, y dicen: está loco, y borracho, y lleno de mosto; huye de la reunión de los hombres; desprecia las delicias; el oro por lodo lo cuenta; solo ama la pobreza. Los que en cambio son infieles, incluso la cruz de Cristo le echan en cara, y si alguna vez lo vieran en la angustia y en la tentación, dicen: ¿dónde están tus misericordias y las justicias que obraste? ¿Qué diré de los infieles, cuando algunos príncipes de las Iglesias ultrajan a hombres de este tipo y juzgan que la vida de ellos es demencia, y no alaban la presente conversación sino que echan en cara los antiguos pecados? ni oyen que es precepto: «No reproches al hombre que se convierte de sus pecados» (Ecl.

8). Ay, pues, de aquel que llevó el oprobio y lo recibió, y a un oficio de este tipo se entregó para que detrajera de Sión y de la ciudad de Dios; porque de esta injuria de su ciudad vengador es el Señor, y dirá a Sión: «He aquí que yo haré en ti por ti», esto es, haré tu venganza, «y salvaré a la afligida», o como se dice en griego, «a la oprimida»; para que sea el sentido: yo salvaré a la que al presente como uva y oliva, así por las tentaciones y presiones, como por el lagar y la viga ha sido oprimida y afligida, para que hiciera vino y aceite, y del vino bebiera Jesús en el reino de su Padre; del aceite en cambio fuera ungido sobre sus partícipes. Yo pienso que por la expresión de tal vino y aceite, Job padeció muchas cosas; después, en cambio, de que había hecho vino y aceite, oyó del Señor: «¿Piensas que de otro modo te respondí sino para que aparecieras justo?» (Job 40, según LXX). Como si a la uva y a la oliva hablara: ¿piensas que de otro modo te oprimí y afligí y quebranté sino para que el vino de ti y el aceite expresara? Sigue: «Y a la que había sido rechazada, recibiré». Parece que Dios nos rechaza cuando nos abandona a la tentación. De donde también Job: «La visitación —dice— del Señor me miró atrás [Al me despreció]» (Job 10, 12). And no solo los justos hablan y dicen: «Ahora en cambio nos rechazaste y nos confundiste», como en el salmo cuadragésimo tercero está escrito; sino el mismo Señor y Salvador, desde la persona del hombre que había asumido: «Tú en cambio —dice— rechazaste y despreciaste; dilataste a tu Cristo; subvertiste el testamento 733 de tu siervo». Que en cambio sea

la persona de los justos en el salmo cuadragésimo tercero la de los que dicen: «Ahora en cambio nos rechazaste y nos confundiste», se aprueba por lo que sigue: «Todo esto vino sobre nosotros, ni nos olvidamos de ti, ni inicualemente actuamos en tu testamento; ni se retiró atrás nuestro corazón». A la que, pues, en las tentaciones parecía abyecta, recibirá el Señor en el fin; y los pondrá en gloria y nombrados en toda la tierra, a saber, a los hijos de la oprimida y rechazada, esto es, de la Iglesia. ¿A qué otros podemos entender hijos de la Iglesia nombrados sino a los apóstoles? Mira por mí a Pedro y a Pablo y a Mateo y a Juan; y considera esto que a Abrahán fue reprometido: «Engrandeceré tu nombre», en ellos con la obra perpetrado. Diariamente se nombra en la Iglesia, diariamente se engrandece el nombre de ellos; no porque a ellos les aproveche ser nombrados por nosotros en la Iglesia, sino porque nosotros, engrandeciendo el nombre de ellos y leyendo frecuentemente lo que escribieron, consigamos la salvación. En aquel tiempo —dice—, cuando la oprimida y rechazada haya sido recibida y sus hijos puestos en gloria (se gloría 734 ciertamente el Señor en sus atletas cuando los ve ser coronados, así como se glorió contra el diablo de Job; de donde también el Apóstol, saltando de gozo en el provecho de sus discípulos, dice: incluso por vuestra gloria), se confundirán los que habían sido vuestros adversarios y habían llevado contra vosotros el oprobio; y entonces verán a los que habían juzgado miseros ser felices, y a los que estimaban pobres y dejectos hacerse potentes y

gloriosos. Entonces divisarán la cautividad de ellos por la que en este siglo bajo un duro imperio habían sido subyugados, ser reducida a la Jerusalén celestial; y ellos mismos resurgir para el oprobio y para la confusión eterna. Concédenos, Jesucristo, a los oprimidos y afligidos y rechazados en este siglo, que nos recibas y nos pongas en gloria; sea confundida en el tiempo la víbora, cesen los silbidos, los venenos se entorpezcan y la confusión de él aproveche para la salvación. Esto según los Setenta. El hebreo, en cambio, porque exceptuado el principio de que dijimos al fin del capítulo superior no mucho discrepa de la traducción de ellos, no juzgo que necesite exposición.